This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 268 292

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 789 016

REESE

Digitized by Google

Digitized by Google

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN DUODÉCIMO

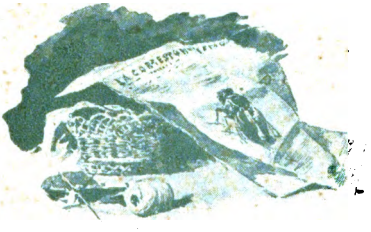
Juan Ochoa

Un Alma de Dios

NOVELA

Ilustraciones por

ARTURO CARRETERO



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCCXCVIII

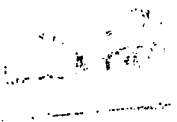
REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

REESE

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 5191

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN DUODÉCIMO

Un alma de Dios

NOVELA

Digitized by Google

Colección Elzevir ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

I.—M. Hernández Villaescusa.—*Oro oculto,* novela.
II.—Vital Aza.—*Bagatelas,* poesías.
III.—Alfonso Pérez Nieva.—*Ágata,* novela.
IV.—Nilo María Fabra.—*Presente y futuro.* Nuevos cuentos.
V.—Federico Urrecha.—*Agua pasada.* (Cuentos, bocetos y semblanzas).
VI.—Emilia Pardo Bazán.—*El Tesoro de Gastón,* novela.
VII.—M. Morera y Galicia.—*Poesías.*
VIII y IX.—Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas.—*Cuadros de la fantasía y de la vida real.* Tomo I y II.
X.—Conde de las Navas.—*El Procurador Yerbabuena,* novela.
XI.—Narciso Oller.—*El Esgaña-pobres,* estudio de una pasión.
XII.—Juan Ochoa.—*Un alma de Dios,* novela.

EN PRENSA

Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas. *Cuadros de la fantasía y de la vida real.* Tomo III.

EN PREPARACIÓN

Juan Marina.—*Toledo,* tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.
Antonio de Valbuena.—*Santificar las fiestas.* cuentos.
Carlos Frontaura.—*El cura, el maestro y el alcalde.*
Miguel Ramos Carrión.—*Zarzamora,* novela.
Y otros de Altamira (Rafael), Aza (Vital), Becerro de Bengoa (Ricardo), Oller (Narciso), Thebussem (Dr.), Velera (Juan), etc.

Digitized by Google

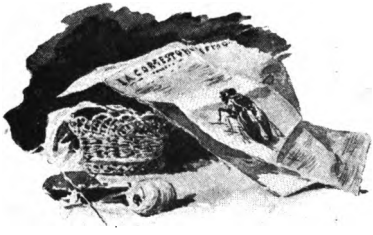
Juan Ochoa

Un Alma de Dios

NOVELA

Ilustraciones por

ARTURO CARRETERO



BARCELONA
JUAN GILI, LIBRERO
223, CORTES, 223
MDCCCXCVIII

Digitized by Google

ES PROPIEDAD

Digitized by Google

Un Alma de Dios

I

La casa era alta, estrecha, y vegetaba en una de las calles más céntricas de Nuvareda, aplastada entre dos edificios nuevos, muy fachendosos, que parecían

Digitized by Google

echarla ojeadas de soslayo con sus miradores de limpia cristalería. Y en verdad que la pobre vivienda de tres pisos, reflejaba en el rostro toda la angustia que la producían semejantes apreturas; porque la vieja fachada tenía un gesto ó mohín de tristeza, que inspiraba compasión: la pared llena de surcos, descascarillada; los balcones, de hierro forjado, cubiertos con orín; las repisas roídas, como dientes cariados; por aquí asomaban los rojos ladrillos semejando llagas; por allí piedras amarillentas, carcomidas; y para colmo de lacerias y de achaques, el alero del tejado, en vez de amparar como era su deber tan mustias y deterioradas mejillas, tenía un canalón abollado y lleno de agujeros, que por todas partes soltaba chorros de agua revuelta con hollín, los cuales se encargaban de abrir surcos en la cal, á modo de chirlos, y de dibujar extraños lamparones negruzcos que daban al edificio una fisonomía tétrica y ceñuda; pero muy expresiva, eso sí: parecía dispuesto á pedir la palabra para contarle al público, con voz cascada y temblona, todo lo que le andaba por dentro, prin-

Digitized by Google

cipiando por quejarse del abandono en que vivía sumida, y acabando por relatar con puntos y comas, la historia de los vecinos que durante muchos años había sentido rebullir en sus entrañas.

Lector, si tienes la humorada de seguirme, comenzarás por leer una muestra ó rótulo que existe á la altura del primer piso, y que dice así: *La Flor de Sèvres. Comercio de loza.* Luego entrando conmigo en el portal, verás á mano derecha, un mostrador raquítico, pintado de azul, perteneciente á la anunciada cacharrería, que recibe algunos haces de luz tristona y mortecina, por una ventana-escaparate que da á la calle. De pronto, tal vez no veas en el tenducho, más que platos, fuentes, tazas y otros mil cachivaches ordenadamente colocados en los anaqueles; pero has de fijarte, porque hay allí un rostro de mujer, grande, pálido y lustroso, como un botijo de porcelana, y podrás ver en él unos ojillos negros, muy ladinos, que con ser tan brillantes y saltarines, no son capaces de dar animación y vida á aquel semblante frío, que tomó el blanco de los cacha-

Digitized by Google

rros como la oruga se apropia el color de la hoja en que vive. Esta cara que pertenece al ama de la tienda, la señora de Reboleño (doña Rafaela), está unida á un corpachón barrigudo, que más bien que nacido de madre, parece modelado allí mismo, tal como está, con la ancha silla de paja pegada á las descomunales posaderas. Tal vez, lector, esta voluminosa matrona metida entre objetos blancos, panzudos y redondeados, traiga á tu memoria el recuerdo de una enorme gallina clueca, disponiéndose á empollar cientos de huevos.

Nadie pasa por el portal sin que le salgan al encuentro los ojos de doña Rafaela, que son como dos porterillos encargados de inquirir y fisgonear lo que se pone á su alcance en el transcurso del día y parte de la noche, hasta que llega el momento de cerrar la tienda, y la buena señora, después de embolsar el dinero recaudado, apaga la luz, y tomando la escalera logra dar con sus morbideces en el primer piso, que es donde habita acompañada de su esposo don Ambrosio Reboleño, muy conocido en el pueblo

Digitized by Google

por el apodo de *la Flor de Sèvres*. Bien está el decir, que esta ascensión hace retemblar la casa. Agarrada á la baranda la robusta mano, entreabierta la boca para dar desahogo al hervor y agitación del pecho, la imponente masa de carne, que tiene temblores de goma inflada y posiciones de globo, se pone en movimiento para ejecutar la tremenda maniobra: óyense poderosos resoplidos y roce de telas como de un velamen zurrado por el viento; las abultadas carnes ondulan; á veces se van hacia un lado, como carga en buque de mala estiva, y otras vuelven á buscar su centro. Así después de mil bamboleos, llega doña Rafaela á su morada.

El día en que principia nuestra narración, subió la buena señora á su casa más temprano que de ordinario, con el sano propósito de asistir á un piscolabis que daba á sus amigos, el inquilino del segundo don Justo Cancienes, el cual celebraba de este modo el bautizo de un nene, primer fruto que le daba el amor después de tres años de casamiento... Fué el caso, que estando una tarde el

Digitized by Google

señor Cancienes de pie en una silla, limpiando la jaula del canario, oyó gritar á su esposa:—Justo, Justo, me siento muy mal... ¿será?...—Tambaleóse en la silla el marido fiel, y sin más averiguaciones avisó á los vecinos del tercero, lanzóse á la calle, buscó partera, llamó al médico, y después de pasar una noche eterna, vagando por la casa y oyendo la charla de las personas caritativas que procuraban recibir dignamente al angelito, Cancienes se encontró al fin con un niño que era un asombro de hermosura... Entonces concibió don Justo la idea de convidar á sus amigos el día del bautizo.

—Espero que no falten ustedes,—dijo apoyando las manos en el mostrador, y mirando á doña Rafaela, la cual en un santiamén, recorrió con la vista la indumentaria del empleado: el sombrero de copa que parecía frito en aceite, y una levita alcanforada, dentro de la cual estaba Cancienes como en una casa solariega.

—Quedamos en que subirán ustedes —prosiguió don Justo, buscando una nueva sonrisa para cada palabra.—Los

Digitized by Google

invitados son pocos y de confianza... Eso es. Marcelina no quería bautizarle tan pronto... Que si hace frío, que si coge un resfriado, que si patatín, que si patatán... En fin, hasta luego, doña Rafaela...

—Y al retirarse Cancienes, el sombrero de copa, que en tal cabeza tropezaba en todo, rozó con un colgajo de papel untado con almíbar, que pendía del techo con el siniestro fin de servir de cementerio á las moscas.

No quiso doña Rafaela excusarse

Digitized by Google

de asistir al comistrajo, y subió á su casa, como hemos dicho, dispuesta á darle la noticia á su esposo, y á ponerse cuatro trapos decentes. Al llegar al pasillo, oyó un ruido en el comedor, como de unos pies que echasen una carrerita de puntillas.

—Está visto que un día le ahogo—murmuró doña Rafaela,—refiriéndose á su consorte.

Entró aprisa en el comedor, y en él estaba, sentado como si en la vida hubiera corrido, fija la vista en un periódico y con el continente más tranquilo del mundo, el señor don Ambrosio Reboleño, que era un hombre á quien por la blancura del cabello, por lo tostado del rostro y lo amojamado de la piel, que parecía badana bien curtida, podían echársele á cuentas los sesenta cumplidos; ateniéndose en cambio á la tiesura del cuerpo, al ademán sereno y majestuoso, á la agilidad que denotaban las piernas, y á un no sé qué de juventud que á veces aparecía en los ojos de tan erguido caballero, nadie diría que pasaba de los cuarenta. Era seco, sin lle-

Digitized by Google

gar á ser un esparto, tenía el bigote más blanco que negro y las mejillas afeitadas; vestía sin lujo, pero con decencia. Grave y reposado, era el hombre á quien más difícilmente podría la imaginación figurárselo corriendo A la sazón fijaba la vista en un periódico extendido sobre la mesa, y así permanecía, cuando llegó su esposa pintándole jabeques con los ojos, diciéndole á boca de jarro:

—El día que vuelva á sentirte entrar en mi cuarto, te saco una muela...

—Rafaela, ¿será posible, hija?...—dijo el señor Reboleño, con calma de inocente, levantando la vista del diario—¿será posible que siempre, sin motivo alguno fundado, me acometas con exabruptos que ahora ni quiero ni debo calificar?... ¡Ni siquiera comprendo lo que me dices! ¿Cómo era?... Hablaste de entrar no sé dónde... en tu cuarto... me parece.

—A mí no me la das tú, viejo ratero. No me vengas con disimulos...—dijo el monstruo clavándole los ojos.—Te sentí salir de mi cuarto, adonde habrás ido,

Digitized by Google

como sueles, á ver si se quedó olvidado algún perro... ¡Camastrón!

Y entonces dijo don Ambrosio, levantándose de la silla, con aire de personaje ofendido:

—Esas son acusaciones meramente gratuitas...

—¡Si te sentí correr de puntillas!... ¡Si te nonozco bien, criatura!... No tuviste tiempo más que para abrir *La Correspondencia* y hacer que leías... Mira; por cierto que tienes el periódico colocado al revés...

Era cierto. Don Ambrosio, ante prueba tan palmaria de su apresuramiento, no perdió sin embargo su olímpica serenidad de dios heleno. Cogió el gabán que estaba colgado en el respaldo de una silla, y echándoselo al hombro con gran parsimonia, se dignó decir:

—Me parece que es hora de que subamos al segundo.

—Bien; iremos—contestó su esposa con cierta dulzura.—Déjame arreglarte la corbata... Conque ya sabes... Cuidado que te coja otra vez en la ratonera... Bien, así. Ahora, pásate el cepillo por el

Digitized by Google

pantalón, que está manchado con ceniza de cigarro... ¡Qué puercos de hombres!...

Y Reboleño, como hombre superior que entrega resignado el cuerpo á las miserias terrenales, dejóse sobar y acicalar dócilmente por las manos de su mujer, que lo mismo podían servir para acogotarlo, que para hacerle suaves caricias; porque doña Rafaela, no obstante su tiranía en achaques de dinero, admiraba en Ambrosio la noble apostura y la elegancia incomparable.

Pocos momentos después, entraba Reboleño en el modesto hogar de Cancienes. La mesa estaba en la sala, y el anfitrión, con la amplia levita desabrochada, y rezumando sudor, iba y venía de un lado á otro; tan pronto aparecía en la cocina dando órdenes, como en la salita saludando á los invitados:—Aquí como en su casa... Nada de cumplimientos...

Las enhorabuenas, recibíalas Cancienes, estrujando manos é inclinando su cabezota sonriente hacia los amigos:

—Gracias, gracias... El nene dormido, eso es, dormido...

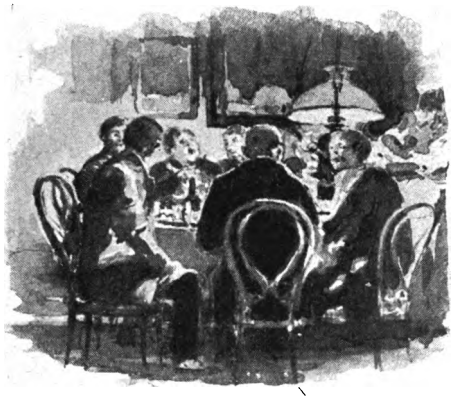
Digitized by Google

Eran nueve los convidados. El de más campanillas, sin duda alguna, era el señor don Tomás Cornellana, diputado provincial, soltero que pasaba de los sesenta y hombre de mucho poderío en la provincia. Además de los señores de Reboleño, y de varios oficinistas compañeros de don Justo, estaba allí la humilde familia del tercero, compuesta de doña Sofía y su hija á quien ya conoceremos más adelante. Ante la influencia y aureola de autoridad, de que aparecía rodeado el señor de Cornellana, los empleados sentíanse allí como perros con pulgas, y andaban por la sala contemplando retratos, y con ganas de sentarse á la mesa para no enseñar las rodilleras de los pantalones.

Sentáronse al fin. Ocupó la presidencia el señor Cornellana; á su derecha acomodóse Cancienes y á su izquierda el señor Reboleño, que estaba en la gloria y cogía las copas con dos dedos, desplegaba la servilleta con desembarazo, y echaba de vez en cuando miradas á su esposa como si le dijera: «¿Que te parece? esto es saber presentarse. Ya

Digitized by Google

me ves aquí mano á mano con el señor Cornellana, á quien estos pobres hombres apenas se atreven á hablar, mientras yo le digo cosas al oído...» En tanto doña Rafaela dejaba á sus ojillos correr



de comensal en comensal, y al detenerse en el respetable figurón de don Tomás decían los malditos: «Lo que es á mí no me la das tú como al bragazas de Cancienes... Estoy en el secreto, bribón, y si puse los pies aquí fué para *coger puntos,* pero estoy al cabo de la calle...»

Los empleados comían, bebían y ca-

Digitized by Google

llaban; sólo cuando Cancienes les decía sonriendo:—Una copita más, Rodríguez... Vamos, Caunedo, acerque el plato —mascullaban mil excusas y cumplidos. Encargóse al fin el vino, de ir poco á poco, y como el que no quiere la cosa, dando fuego á todos aquellos cerebros atiborrados de oficinescas fórmulas, hasta que pudieron verse allí pómulos colorados y ojos como ascuas, que se atrevían á mirar cara á cara al mismo señor de Cornellana. Y fué tal la alegría, que el probo funcionario señor Caunedo, con veinte años de servicios en Fomento, después de tener bien mezclados y revueltos los vapores del alcohol, con el archivo de reales órdenes y decretos que atesoraba su bien sentada mollera, no pudo dominar la pícara idea de un brindis, que le andaba revoloteando entre los sesos, como una mosca encerrada, y decidido á todo se levantó copa en mano. He aquí la mosca:

—Señores, creo que procede felicitar á mi amigo Cancienes, y por eso me incorporo y digo: que le doy mi enhorabuena más cordial, deseándole toda

Digitized by Google

clase de prosperidades en su honrosa carrera... Brindo pues á su salud... He dicho, y ustedes dispensen.

Emocionado Cancienes, miraba al plato, y por debajo de la mesa, se apretaba las manos haciendo restallar las coyunturas de los dedos. Fué recibido el brindis con sonrisas halagüeñas, y hasta el ilustre Cornellana movió la cabeza en señal de asentimiento.

Hubo luego un momento de silencio como el que precede á los grandes acontecimientos... Vierais entonces á don Ambrosio Reboleño erguir su gentil persona. La copa teníala elevada y cogida con los dedos pulgar é índice, mientras los demás se extendían graciosamente en abanico; tenía, sí, los ojos bajos clavados en un merengue que había en el plato; de pronto elevólos, como quien no puede con la cargazón de ideas y les abre la puerta; tendió la mirada sobre el concurso, como ala protectora, y habló así pausadamente:

—Damas y caballeros: Fausto acaecimiento nos congrega aquí... Alegre suceso nos reúne en apretado haz...

Digitized by Google

Hermosa expansión es la que estamos presenciando... Yo, señores, que no he tenido vástagos y que...

Durante la pausa que siempre hacía Reboleño, después de soltar un *que* seco como un martillazo, oyóse la voz de uno de los empleados que dijo á otro:

—No olvide V., mañana aquella comunicación....

—Permítame V., Rodríguez,—interrumpió Reboleño; prosiguiendo después:

... y que... no sé empíricamente lo que son días como este, me atrevo á levantar mi voz en esta que pudiéramos llamar, como el gran orador, asamblea del compañerismo... (Permítame usted, Gonzalez...) para manifestar á mi queridísimo amigo Cancienes, el inmenso júbilo, la alegría...

Reían y charlaban ya los empleados de sus cosas, en voz baja, y por más que el orador decía solemnemente, cuando alguno levantaba el gallo:—Permítame V., Fulano,—no había medio de meterlos en la vereda del discurso que hubiera sido ahogado tristemente, entre tales paliques, á no ser porque la

Digitized by Google

experiencia de don Ambrosio, le hizo dominar la situación. Pensó en las mujeres, siempre dóciles, y en su benevolencia se refugió como un gato corrido de granujas se cuela en un portal. Vió los ojos de su esposa, que le miraban atentos; vió los de las vecinas del tercero, como ventanas abiertas de par en par, franqueadas á la ventolera del discurso y siguió adelante, cada vez más confiado y sereno. Cancienes, enternecido, parecía que lloraba almíbar, y sin quitar ojo á Reboleño, recogía con agrado todas las frases que el orador engarzaba en el discurso, y todos los ademanes con que daba fuerza y vigor al pensamiento. Cornellana, amodorrado, salía de vez en cuando del marasmo, para dejar caer en una copa de agua, la ceniza del veguero.

A la hora de despedirse el diputado provincial, estrechó la mano á Cancienes y le dijo:

—Pasado mañana á las cinco, dé una vuelta por mi despacho.

Y cuando, ya peneques, los amigos del anfitrión bajaban las escaleras, toda-

Digitized by Google

vía iba detrás de ellos Reboleño, soltando párrafos del brindis:

—Un momento, Caunedo... ¿Recuerda usted el principio?... Fausto acaecimiento nos congrega aquí... Alegre suceso nos reúne en apretado haz...

Digitized by Google

II

A eso de las siete de la mañana, llegó un rayo de sol al balcón del aposento de Cancienes, y lo primero que hizo fué deslizarse por los resquicios de las maderas, despertando al canario que había pasado la noche, hecho una bola, con la cabeza bajo un ala, y lo mismo fué verse envuelto en la luz del día, que ponerse á cantar, tal vez llamando zángano á don Justo que aun dormía como un lirón. Y si el rayo hubiera podido, que no pudo, llegar, venciendo obstáculos, hasta el lecho del

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Digitized by Google

respetable padre de familia, hubiera iluminado el rostro más feliz que imaginarse puede. Ni un ronquido salía de su boca, ni en la noble frente había una mala arruga, trazada por los endriagos y fantasmones que se aparecen en las pesadillas. Viendo aquellos labios sonrientes y aquella placidez del semblante, daban ganas de arrimar el oído sobre la cabeza de Cancienes, á ver qué sinfonía dulzona le sonaba en la mollera, ó si los ángeles entonaban debajo de aquel cráneo, las armonías del cielo que les cantan á los niños dormidos.

No tardó en despertar el buen señor, y con la agilidad de un mozo, saltó de la cama en calzoncillos y abrió las contraventanas, hecho lo cual, el sol se posesionó del dormitorio, que era mezquino y pobremente empapelado. Cerca de las vidrieras y debajo de la jaula, había un sillón de gutapercha, lleno de desgarrones, que tenía por mala vecindad un gigantesco reloj de pesas, cuya esfera simulaba estar colgada de la boca de un grotesco bufón ó juglar, que se pasaba la vida guiñando alternativa-

Digitized by Google

mente unos ojos como puños al compás del péndulo, y asomaba una cara muy risueña de beodo, allá en lo alto del armatoste. Un momento antes de dar la hora, era tal la perturbación y el estrepitoso desarreglo que se verificaba en las entrañas del aparato, que no parecía sino que aquel borrachón que desde allá arriba nos echaba ojeadas burlonas, hallábase en grave aprieto, víctima de un cólico, ó le andaban todos los demonios por los intestinos. Y lo original era que después de semejante barullo, que parecía promesa de una campanada fuerte y sonora, se descolgaba el reloj de Cancienes con un mísero tín, tín, que sólo por milagro llegaba á los oídos.

Dejemos por un momento á don Justo ponerse honestamente los pantalones con tirantes, calzarse las zapatillas y hacer los preparativos para afeitarse, no sin haber hecho antes mil lagoterías al canario, para que le viniera á la mano, á comer alpiste, y digamos algo de la vida y milagros del humilde empleado.

La mocedad, aquella etapa lejana de su vida, habíala pasado Cancienes tris-

Digitized by Google

temente, revolcándose en la miseria y discurriendo siempre el medio de alimentar á su madre. Alrededor de esta idea, giró en aquella época toda su maquinaria intelectual, y por eso el buen hombre conservaba el recuerdo de su juventud sin horas alegres; la lucha había sido sangrienta; tenía él bien grabados cn el alma aquellos días de silencioso trabajo, en que se veía á sí mismo solitario, como si se hallase en medio de un páramo arenoso y estéril, donde tenía forzosamente que encontrar una planta anémina para chuparle el jugo. Cuando oía á otros mentar con pena las dichas pasadas; cuando le hablaban del alegre sendero por donde caminan los jóvenes, entre dos filas de ilusiones encendidas que se van apagando poco á poco, á medida que se avanza en la vida, quedábase Cancienes viendo visiones, porque de sus años de muchacho, no le hablaba á él la pícara memoria, de más sendero que la mala callejuela donde vivía, ni de otro alumbrado que los faroles públicos, y á todo tirar del velón de aceite que le encendía su ma-

Digitized by Google

dre, cuando era necesario trabajar de noche, ojo avizor, como centinela alerta, ante la miseria que andaba por allí siempre acechándole. Y por mucho que escarbaba en sus recuerdos, lo único que salía á flor de tierra, era ¡ay! el trabajo rudo sín domingos, el andar á caza del garbanzo escondido, y el verse husmeando, hasta dar con una peseta, como un perro revuelve basureros hasta tropezar con un hueso.

¿Novias entonces?... Ni pensarlo. Eso de ir á preguntarle al prójimo si le quería á uno, por su cara bonita, habíale parecido siempre empresa de hombres audaces, y sólo el figurárselo le daba vergüenza. ¡Carai!—como decía Cancienes.—Del cuadro de su juventud, lo que sí recordaba era que nunca había tenido mal humor, y jamás había desconfiado de sus fuerzas. No, señor, no. La época juvenil, según don Justo, fué un tiempo en que no se le enfriaban los pies con facilidad, en que no usaba gafas para leer, y subía las escaleras saltando los peldaños de cuatro en cuatro. ¡Qué tiempos aquellos!...

Digitized by Google

Muerta su madre cuando ya don Justo contaba los treinta, se vió solitario en un mal pueblo, gusanera de picapleitos y de intrigantes. ¡Tristes días aquellos, capaces de despachurrar á cualquiera de menos resignación que Cancienes, como aplasta un tren con su ristra de coches, al pobre animalejo á quien sorprende dormido al sol en los carriles! Por fin, como Dios suele apretar, pero no ahoga, no le faltó modo á don Justo de acomodarse en Nuvareda, la capital de la provincia, donde con los seis mil reales de sueldo que llegó á tener en la Diputación provincial, vivía hecho un magnate como si hubiera estudiado economía en un hormiguero. Decirle á don Justo que cantaba en el teatro un tenor envidiado por los ruiseñores, ó que en tal ó cual café hacía prodigios una bailarina que en cada zapateta tocaba con el pie en la techumbre, era lo mismo que hablarle de las doctrinas esotéricas de Pitágoras. A la oficina á su hora; á casa luego, despojándose pronto del engorroso gabán, color café con leche, y en seguida á cuidar el canario, ó á me-

Digitized by Google

terse en el taller de carpintero instalado por él en la buhardilla. La única vez que Cancienes echó una cana al aire, fué un día, hace años, en que el jefe de la oficina, con el objeto de celebrar sus días, convidó á los subalternos. Sí; aun lo recordaba placenteramente Cancienes... A fuerza de ruegos y acorralado el hombre entre diez manos que le daban vino, y diez bocas que le decían:—Vamos, don Justo, no nos desaire V.—no tuvo más remedio que dejar el gaznate expedito, pues aunque trató de defenderse diciendo:—Señores, muchas gracias... no tengo costumbre,—fué tal el asedio, y tan insistentes súplicas llegaron á sus oídos, vamos, que se dejó vencer, y copa va, y copa viene, llegó á alegrarse... ¡Y qué alegría, Dios eterno, sintió Cancienes! ¡Y qué agilidad y fortaleza de cuerpo, y en el cerebro, qué florecer de ideas luminosas, y qué avispero de pensamientos vinieron á enloquecerla con sus travesuras! ¡Qué modelo de mundos era éste aquel día! Cancienes entonces, habló con su jefe sin embarazo alguno, y hasta dijo chistes...

Digitized by Google

Esta calaverada, que por tal la tenía don Justo, contábala en las grandes ocasiones: cuando, por ejemplo, en algún corrillo ó tertulia, cada cual refería sus travesuras de muchacho ó sus malas andanzas de hombre. Comenzaba así:

—Estando yo en consumos el año 84...

Y luego venían los comentarios:

—Pues ustedes dirán esto y lo otro, y que patatín y que patatán;... pero créanme, no me choca que haya tanto vicioso... ¡Aquella alegría, caramba!... Es tentadora, sí señores, es tentadora...

¿Que cómo se casó Cancienes, siendo hombre tan platónicamente mujeriego, y tan poco dado á las faldas por natural timidez? Es muy sencillo. Las malditas circunstancias. Cuando llegó á Nuvareda, preguntó por una posada barata y sosegada, como convenía á sus medios pecuniarios y á su carácter apacible; y el caso fué que indaga aquí y acullá, vino á parar á la casa en que le hemos conocido. Leyó el rótulo que decía *La Flor de Sèvres,* detuviéronle los ojillos de doña Rafaela Reboleño, y después de platicar con la tendera, enterándola del propó-

Digitized by Google

sito que allí le llevaba, anduvo escalera arriba, hasta llegar al tercer piso habitado por doña Sofía, honradísima señora que acostumbraba admitir un par de huéspedes de asiento. Con ella se avistó don Justo, y tocóle habitar un cuarto reducido, sí; pero limpio por la mano hacendosa de Carmen, la hija de la patrona, que era por cierto joven de muy buen ver; y allí se quedó Cancienes, si no ricamente albergado, al menos viviendo á gusto, al calor de un hogar tranquilo. Bien; pues llegaron las noches interminables del invierno, que en Nuvareda son de esas en que no cesa de llover, y la ventolera gruñe por los tejados, empujando chimeneas y colándose osadamente por todas las rendijas, y como no era cosa de salir á la calle con tiempo

Digitized by Google

tan endiablado, Cancienes un día, después de pasearse en zapatillas por toda la casa más de dos horas, tuvo una idea feliz que comunicó en seguida á doña Sofía y á su hija Carmen. Era necesario matar el tiempo con alguna recreación inocente, y ninguna mejor que la lotería un par de veces por semana. El proyecto estaba bien meditado y maduro. Jugadores sobraban: las dos mujeres de casa, Cancienes, Ruiz Salinas (otro huésped que era joven y estaba empleado), los de Reboleño que no dejarían de subir, la señora del segundo, una viuda muy guapa, y por último la criada que apuntaría desde la cocina... todos se pusieron de acuerdo, y las sesiones comenzaron.

En tal ocasión conoció don Justo á la que después fué su esposa, y era entonces una mujer como de veintiocho á treinta años, de rostro un si es no es ajado, pero muy expresivo gracias á la lumbre de unos grandes ojos negros. Marcelina Llanos, que así se llamaba, era viuda, vestía con elegancia, y como muestra de lo que pudieran ser sus en-

Digitized by Google

cantos velados, ponía buen cuidado en enseñar la garganta blanca y mórbida, ante la cual se quedó el pobre Cancienes lo mismo que un niño ante un escaparate de golosinas... Y durante aquellas veladas invernales, mientras el truhán de Ruiz Salinas requebraba con la mirada á Carmen la hija de la posadera, el alma de don Justo abrióse al amor dulce, derramando flores, y exhalando aromas como un cuerno de la abundancia. Todos observaron que Cancienes dirigía á Marcelina miradas ansiosas, y que cuando cantaba el 15 diciendo: *la niña bonita,* dedicaba el muy pícaro la frase á la hermosa viuda, la cual no se mostraba esquiva con don Justo.

Como la golondrina vivaracha y alegre suele hacer el nido en el maderamen vetusto de un caserón, así esta vez un amor intenso y juvenil vino á morar en el pecho del buen Cancienes, el cual sin ser un Matusalén, era, sea dicha la verdad, un cotorrón que llevaba á la espalda los cuarenta y seis cumplidos y tenía la dentadura mellada, bien relleno y abultado el abdomen, y si no estaba

Digitized by Google

completamente calvo era hombre de pelo ralo y desperdigado, verdad es que en achaque de pelo, mejor estaba la cabeza que la ropa de don Justo, pues hallábase ésta tan afeitada y raída por el uso, que más fácil fuera encontrar un huevo con melena, que un sitio medianamente hirsuto en el traje del humilde empleado. Lo que nunca le faltaba, en la americana, detrás de la solapa, era una gruesa aguja enhebrada, que en manos de su dueño, lo mismo servía para coser un expediente que para pegar un botón de la pretina.

Era cosa de ver á Cancienes mudar de color, cuando su compañero el faramalla Ruiz Salinas, le decía echándole bendiciones:

—*Ego vos conjungo in matrimonium.*

El mismo enamorado no sabía lo que le pasaba. Encontrábase desconocido, y hasta le parecía que una mano ajena, por arte de birlibirloque, habíale espolvoreado el alma con un puñado de extraña y diabólica simiente, que al fin y al cabo vino á germinar con nunca vista

Digitized by Google

lozanía, al calor primaveral de los ojos de Marcelina... Pero señor, ¿qué sería aquello de estar en la oficina, y quedarse embobado sobre los papeles? ¿Y por qué mil manejos y artes de brujas, Cancienes que antes entendía á media palabra, ahora quedábase, á lo mejor, alelado y perplejo, ante una pregunta del jefe? ¿Por qué al afeitarse se cortaba? ¿Por qué una vez, buscó durante media hora las gafas para leer, teniéndolas en la mano? ¿Y en qué consistía, que al expediente más inextricable, dábale antes con la clave en menos que canta un gallo, y ahora se pasaba las horas hojeándole y tentando aquí y allá, como quien busca las coyunturas á un capón y no da con ellas?... Sea todo por Dios; pero esto le sucedió á don Justo durante un mes, y á no ser porque doña Sofía, la patrona, tomó cartas en el asunto, aquel amor florido y hermoso, hubiera permanecido años y más años entre el pecho y la espalda de Cancienes, hasta fenecer mustio y reseco, como flor oprimida entre las hojas de un libro.

Digitized by Google

Sí. Llamó un día la buena señora á su huésped, encerróse con él en la sala, y con la más sana y benéfica intención, hablóle de Marcelina poniéndola por las nubes; y al final de la entrevista decía Cancienes emocionado:

—Gracias, doña Sofía... No sé cómo pagarle... Cierto, cierto es, todo lo que me dice... La verdad, vamos, yo no me atrevía ¡carai!; pero si V. me allana el camino, eso es, me dejo ir, sí señora, porque no se me oculta la conveniencia de tomar estado... Naturalmente... á mi edad... claro está.

Hubo cabildeos y largas pláticas entre doña Sofía y Marcelina; siguió el juego de la lotería entreverado con las embozadas y sosas galanterías de Cancienes, y las excursiones atrevidas que en la oscuridad hacía por debajo de la mesa un pie de Ruiz Salinas, en busca de otro que perteneciese á Carmen, la hija de la posadera; osadía á que la muchacha contestaba poniéndose colorada y desviando el pie, aunque en vano; porque el empecatado joven, parecía tener ojos en la suela de las botas, según

Digitized by Google

lo bien que las dirigía. Al fin presentóse en la escena don Tomás Cornellana, personaje de gran prestigio en la población, y lejanamente emparentado con Marcelina, al decir de ella. Era este señor, que se encargó de uncir á don Justo al carricoche del matrimonio, un hombre que pasaba de los sesenta, tieso, como si en vez de espinazo tuviera una barra de acero; vestía muy elegantemente. A las mujeres, mirábalas con ojos de esos que pugnan por ser alegres, y reflejan sin querer la pesadumbre de verse en el cuerpo de un vejestorio. La boca, dedicábala siempre á fumar olorosos vegueros, y muy contadas veces vertía palabras. Ordinariamente don Tomás Cornellana, limitábase á oir á los demás atentamente, y después de recoger en su cerebro la broza, el cascote y el mineral en bruto de lo que oía, y de someterlo todo á la acción de su aparato intelectual, y de triturarlo y fundirlo sabiamente, quitaba el cigarro de la boca y pronunciaba algunas palabras que eran para él resumen y esencia de toda sabiduría..... Colocado Cancienes

Digitized by Google

ante astro de tal magnitud ¿hace falta decir que el buen hombre se quedó lo mismo que una pajuela enfrente de un foco eléctrico de arco voltaico, y que todo salió á pedir de boca? Entrególe don Tomás Cornellana, como regalo de boda, una credencial de seis mil reales, y parapetado en ella, don Justo, dispúsose á desafiar con valor inaudito, todas las cargas matrimoniales, que para su bolsillo, eran verdaderas cargas á la bayoneta.

Celebróse modestamente la boda, y cuentan malas lenguas que doña Rafaela y don Ambrosio Reboleño, después de presenciar la ceremonia, tuvieron en su casa el diálogo siguiente:

—¡Vengo sofocada!—exclamó el monstruo de porcelana.—¡Puf! ¡Es cosa de reventar con lo que traigo en el buche!... ¿Puede que se crea la hipocritona que fuí por ella? ¡Para ella están las personas decentes! ¡Fuí para enterarme, para estudiar, y ver si tenía cara para decir «sí quiero...»! ¡Y la tuvo la bribona!... ¡Habráse visto escándalo! Estoy que ardo...

Digitized by Google

Reboleño, mientras se quitaba el alfiler de la corbata mirándose al espejo, tuvo á bien decir:

—Pero mujer, tomas las cosas muy á pecho... Permíteme hacer una manifestación... Someramente pudiera explicarte yo, que no puede juzgarse á nadie por meros indicios, y que á veces la calumnia suele cebarse...

—A quien habrá que cebar como á un pichón, es á ti, infeliz—contestó doña Rafaela.—Cuando el río suena... ¡Miren la santurrona, y todavía encuentra quien la disculpa!... ¿A mí con esas, eh? Dime, bobalicón: ¿de dónde sacaba la pobretona y roñosa, los trapos que ponía? Y aquellas cestas de pollos que pasaban por el portal ¿quién las pagaba? Y quien dice los pollos, dice las ruedas de salmón en cuaresma, las perdices en octubre y el salomillo todo el año... ¿Y aquellas saliditas después de oscurecido, Ambrosio?...

—Repito y sostengo, Rafaela, que no se puede juzgar por las apariencias...

—Juzgo como me da la gana, papa-

Digitized by Google

natas de mil demonios... ¡Cornellana y ella, y ella y Cornellana! ¿oyes? ¡Las apariencias, las apariencias!—exclamó Rafaela con ironía.—¡Ven á decirme tú quién son las señoritas apariencias!... ¿Quien creerá al verte en la calle á ti, que andas todo el día, Ambrosio del alma, con el ojo puesto en el cajón del mostrador, á ver si me descuido? ¿Lecciones tú á mí? Vé á dárselas al calzonazos de Cancienes, que ahora hace de tapadera, ni más ni menos ¡de tapadera!...

Quedó anonadado don Ambrosio, y salió del aposento, mientras su esposa, más serena y pacífica, seguía diciendo:

—¡A qué tiempos llegamos! ¡Qué casta de pájaros hay en el mundo!... La culpa la tenemos las personas decentes y de principios, que nos rozamos con ellas... ¡No hay educación ni vergüenza en estos tiempos!

Y cuentan que plegando los párpados, para apagar las chispas que le salían de los ojos, doña Rafaela permaneció largo rato sumida en tristes reflexiones.

Digitized by Google

Al principio de este capítulo dejamos á Cancienes afeitándose. Volvamos, pues, á nuestro personaje, á quien encontraremos con las mejillas rasuradas y la boca ávida de besar al pequeñuelo.

Digitized by Google

Digitized by Google

III

Don Justo oyó que lloraba el niño, y andando de puntillas entró en el cuarto de su esposa, la cual sentada en el lecho esforzábase en consolar al nene que lloraba á lágrima viva, y al ver á su padre extendió hacia él las manecitas, como jugando en el aire con cosas invisibles...

Y cesó el lloriqueo; porque no había lágrimas de niño que no se secaran de-

Digitized by Google

lante de don Justo. ¿Qué verían en él los diablejos, para trocar tan fácilmente los pucheros en sonrisas? No se sabe. Lo cierto es que lo que no solían conseguir dos ó tres mujeres rodeando á un niño, y hartas de usar con él toda clase de carantoñas y arrumacos, lográbalo seguramente Cancienes dando palmadas, abriendo mucho los ojos, elevando al cielo los brazos, y cantando:

¡Al corro de los niños
Que van á jugar!...

En casos extremos, poníase en cuclillas, y así daba tales saltos, haciendo flotar en el aire el paletot, que se reían hasta las piedras... No necesitó en esta ocasión recurrir á semejante cabriolas, porque calló el niño en seguida, y don Justo, después de darle cuatro besos que más bien fueron sorbos de amor filial, preguntó á Marcelina:

—¿Sabes tú que tendrá que decirme el señor Cornellana?... Me rogó que fuese hoy á su casa. ¿Sabes algo?

—Yo, nada... Algún asunto...

En los tres años de casado que llevaba don Justo, apenas había tenido

Digitized by Google

sinsabores, y disgustos; verdad es que por las mangas de su paletot, podía colarse sin obstáculo alguno buena sarta de caprichos mujeriles, sin que él parase mientes en ello. Para don Justo, todo estaba bien, todo era orden y concierto; si se le caía un boton, él mismo lo pegaba otro vez en su sitio; si le pedían dinero, abría la bolsa; si veía á su mujer amohinada, ya estaba él con cara gozosa y alegre, hasta ahuyentar la murria de Marcelina, como el sol deshace la niebla... Ceño adusto no lo conocía, y en la noble frente de Cancienes, donde tantas cosas habían escrito y garabateado con arrugas, el tiempo y el trabajo, no existía ni un sitio donde el mal humor ó el genio de la ira hubieran trazado un surco ó escrito un renglón. No era Marcelina mujer de carácter agrio ó malo, y en la casa gozaba de la más completa libertad. Apoyada en la sencillez y apocamiento de su cónyuge, hacía y deshacía, gobernaba á su modo y manera, sin dársele un ardite por el parecer de nadie. Para cumplir su gusto y asegurar siempre el triunfo de su deseo, firme

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Digitized by Google

como una roca, usaba de una pasividad dorada con buenas palabras, que la hacía invencible; las indicaciones de don Justo, escuchábalas con benevolencia; á nada se oponía francamente, pero luego, como quien no quiere la cosa, dejábase guiar por su capricho ó por su antojo. Una parte de su alma, se dejaba ver claramente, salía afuera, buscaba la luz, y daba á Marcelina aquella ingenuidad con ribetes infantiles que había fascinado á Cancienes, el cual, sólo después de casado pudo convencerse, de que en el espíritu de su compañera había sitios que él no podía sondar fácilmente, y oquedades y huecos que escapaban á su penetración. Reflejábase á veces en los ojos de Marcelina, amargura, luz triste, recogida Dios sabe en qué escondrijos y reconditeces de su sér; tenía con frecuencia raptos de expansión y después de reir á mandíbula batiente, quedábase seria, casi triste, como si la alegría de su alma estuviera destinada á levantarse, revolotear un instante, y caer luego rendida y aliquebrada sobre un montón de penas... Las riendas de la

Digitized by Google

casa llevábalas tan flojas, que la paga de don Justo huía de la gaveta á galope tendido, y no le iba en zaga la renta de 6,000 reales que, dividida en trimestres, le entregaba puntualmente el mayordomo de don Tomás Cornellana, que era, según Marcelina, el encargado de administrar algunas fincas que ella poseía, y cuyos títulos de propiedad nunca había visto Cancienes, ni había intentado verlos, todo por la maldita delicadeza y cortedad de genio.

Salió don Justo de la habitación de su esposa, desayunóse frugalmente y se encaminó á su refugio de la buhardilla; mas al llegar al piso tercero, saliéronle al paso su antigua patrona doña Sofía, y Carmencita. Los amores de ésta con Ruiz Salinas, iniciados durante las sesiones de lotería, habían terminado de un modo lamentable. De la noche á la mañana, huyó de Nuvareda el empleado, y á los pocos meses, la joven dió á luz una hermosa niña, que á la sazón contaba ya cerca de cuatro años.

Era doña Sofía una mujer como de cincuenta abriles; ojos azules dulzones,

Digitized by Google

rostro escuálido, nariz afilada; vestía ropa vieja, limpia; y el andar trabajoso y lento, como quien no puede consigo mismo, y cierta manera tímida y humilde de colocar los brazos, dábanle extremada semejanza con una mosca recién salida de un tarro de almíbar, y rendida ya de andar arrastrándose con las alas pegadas al suelo.

—¿Sabe la noticia, don Justo?—dijo la mosca mientras su hija Carmen permanecía silenciosa, con un periódico en la mano.—¿No sabe nada?...

—Ni una palabra... naturalmente. ¿Qué ocurre, doña Sofía?...—respondió Cancienes apoyándose en el pasamano.

—Pues sí; aquí esta en *La Correspondencia:* el bribón, el bribón ¿entiende? ya no está en Madrid ¿no lo ha leído? Yo, Dios me libre de desear mal á nadie... pero bien podía cumplir, sí señor...

—¿Y adónde está ahora el pájaro?

—Pues en Málaga;... le han trasladado... ¡Habráse visto gandul! pues con el sueldo que tiene, ya podía... ¡Quién lo había de decir! Resultó más malo que *Ravachol*... Yo no le deseo mal, eso no;

Digitized by Google

pero ¿no es una infamia que ande por allá corriéndola, teniendo aquí este compromiso?... Y lo peor es que yo le tenía

cariño al muy trapacero... ¿No se acuerda, don Justo, de cómo andaba detrás de mí, haciéndome carocas, y hasta me abrazaba, Dios me lo perdone? ¿Acuér-

Digitized by Google

dase de lo bromista que era, y amigo de engañar á la gente? Todo me parece un sueño, don Justo... ¿Usted, qué me aconseja?

—Calma, mucha calma; si es leal, volverá; sí señora, ¿no ha de volver? Le llamará la sangre; ni más ni menos...

—Ya estuve tentada á escribir al jefe de la oficina donde está ¿no le parece? *ponerle* cuatro letras diciéndoselo todo, todo, á ver si le aconseja y le ordena cumplir como Dios manda... Pero ayer estuvo aquí don Ambrosio Reboleño, que es hombre de fundamento, como V. sabe; y con aquel pico de oro que tiene, me dijo: No señora; nada de escribir al jefe del negociado, que es persona inferior (¿no dijo así, Carmen?); eso es andar por las ramas... Quédese tranquila, que los tiros han de ir adonde deben: un día de estos le *pondré* una carta á don Antonio Cánovas, á quien conocí en Madrid, para que tome el asunto como cosa suya; tenga paciencia, que todo se arreglará... Esto me dijo don Ambrosio ¿entiende?... ¡Ay, Dios mío, si Ruiz Salinas viera la niña, estoy segura de que no

Digitized by Google

se separaba más de ella, porque la pobrecilla está como una flor ¿verdad, don Justo?

—Verdad, verdad, sin duda alguna...

—Pero lo que yo temo es que por esos mundos, hay muchas mujeres de labia, y muy entrometidas, y alguna lo enganchará... mientras que esta infeliz...

—Todo saldrá bien, si Dios quiere... Si don Ambrosio ha prometido eso, déjelo de su cuenta, que si don Antonio Cánovas se interesa, créame, meterá en cintura á *Ravachol*...

—Dispense, don Justo, no le molestamos más...

—No es molestia; no faltaba otra cosa... Seguir bien.

La mosca almibarada, después de hacer unos pucheros, retiróse seguida de su hija. Tras ellas se cerró la puerta y Cancienes, pensativo, subió la escalera hasta verse solo en su taller de la buhardilla, entre garlopas, berbiquíes, limas y sierras de marquetería. El sol de la mañana inundaba el cuartucho.

Casi todos los días, al subir don Justo á su taller, salíanle al encuentro las an-

Digitized by Google

gustiadas vecinas, y versaba siempre la charla sobre las hazañas de Ruiz Salinas, á quien llamaban *Ravachol*... ¿Qué había ocurrido? Cosas del diablo, que sopla siempre que ve cercano el fuego de la estopa. Sucedió que en aquella temporada de la lotería, cuando Cancienes se enredó en amorosa red, el zascandil de Ruiz Salinas, por no ser menos que su compañero, aprovechó muy guapamente el tiempo en amar á Carmen. De las miradas pasaron al *te quiero*, del *te quiero* al abrazo furtivo y cauteloso, y al fin y á la postre, sintióse enferma la joven, confesó con su madre el pecado, y el drama terminó viniendo al mundo un nene, en ocasión que su padre ya no estaba en Nuvareda, pues había tomado las de Villadiego, dejando en su cuarto el baúl con cuatro trapos viejos, y el importe del pupilaje... No es para descrito lo que pasó en aquel hogar. ¡Qué desolación, qué mar de lágrimas! La pobre Carmen, descolorida y llorosa, pasábase los días en la penumbra de su cuarto, meciendo al niño, oyendo el golpear monótono de la cuna que veía ella como

Digitized by Google

un corazón muy grande, muy grande, abandonado, solo y dolorido, latiendo sordamente contra las tablas del suelo. Y luego, claro, las desgracias jamás vienen solas; cuando llegan á robar la felicidad de una casa lo hacen en cuadrilla. Doña Sofía se quedó sin huéspedes, y la vida estrecha, salpicada de privaciones y miserias, se vislumbraba en la lontananza de aquel pantano de lágrimas. Cancienes y Reboleño procuraban consolar á sus vecinas, y subían muy á menudo, á enterarse de la salud de la niña, y de si había noticias del padre descastado. Así se pasaron más de tres años, al fin de los cuales, la esperanza que en un principio era viva, trocóse en acibarado desencanto, y madre é hija estaban desorientadas y alicaídas. Doña Sofía indignada por la tardanza del seductor, buscóle un nombre que cuadrara bien á tanta maldad, y desde entonces en la casa todos llamaban *Ravachol* á Ruiz Salinas.

Casi todas las noches recibían la visita de don Ambrosio Reboleño, que subía no precisamente con el propósito

Digitized by Google

de poner bálsamo á ninguna herida, ni á curar dolores, sino porque allí encontraba un auditorio sumiso y humilde que le admiraba y creía en su valer y en sus aptitudes para la diplomacia. Después de cenar, unas veces acompañado de la mole blanca de su señora, y otras solo, se presentaba en el tercer piso provisto de *La Correspondencia de España*, y allí, al lado de la mesa del comedor, alumbrado por un quinqué de pantalla azul, mientras doña Sofía hacía calceta, y Carmen bordaba, Reboleño leía con voz campanuda todas las noticias, dejando siempre para lo último el relato de los crímenes estupendos, seguro de producir gran consternación y espanto en los oyentes. Las mujeres dejaban la labor, mirábanle con ojos asustados, mientras él, con voz vibrante, les hacía ver las mayores ferocidades:

—...«el desalmado padre, no contento con hundir el cuchillo en el vientre de su hija, abalanzóse»...

—¡Ay Dios mío, qué horror, don Ambrosio! ¡en el vientre se lo clavó el gran bribón!—interrumpía la posadera.

Digitized by Google

—Claro está; en el vientre, señora, para consumar el delito eficazmente— decía *La Flor de Sèvres*.

—... « abalanzóse á su mujer, y asiéndola brutalmente por el cuello, é hincándole una rodilla sobre el pecho, asestóle dos terribles puñaladas, que le produjeron la sección de la yugular »...

El espanto del auditorio llegaba al grado máximo, y Reboleño suspendía un instante la lectura para saborear el efecto del relato.

—¡Dos cuchilladas nada menos, don Ambrosio! ¡No quiero oirlo siquiera!... Y sería con un cuchillo como el de la cocina—manifestaba doña Sofía.—Ese condenado de hombre era capaz de matar á todo el mundo. ¡Jesús! Y diga, don Ambrosio, ¿qué es eso de la yugular?...

—¡La yugular, la yugular, señora!— exclamó Reboleño tapando su ignorancia con una sonrisa de hombre discreto. —La yugular es, señora mía;... pero no sé si debo descorrer el velo, á pesar de las reiteradas súplicas de V. Hay cosas que deben quedar en el secreto para las

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Digitized by Google

almas virtuosas;... así que les ruego no me pregunten...

—¿Tan atroz es eso, don Ambrosio?...

—Tendamos un velo, doña Sofía, sobre todas las cuestiones que se refieren á la yugular...

Y ante el respeto que inspiraba *la Flor de Sèvres,* quedaba tendido el velo.

Otras veces, don Ambrosio, antes de dar comienzo á la lectura, quedábase un rato como distraído, pasando los ojos por el periódico desdeñosamente, hasta que concluía por decir con indiferencia:

—Hombre, vaya, parece que Emilio se decide este año á irse á París... Me parece bien...

—¿Quién es ese Emilio, don Ambrosio?

—Pues Emilio Castelar y Ripoll... Sí; parece que atendió mis indicaciones la última vez que nos vimos, y yo le dije...

—¡Castelar, Castelar! ¿Sabe que me suena ese nombre? ¿No es un señorón de esos que andaban pintados en las cajas de cerillas, porque dicen que habla él solo más que catorce?

—El mismo, doña Sofía, y sólo tengo

Digitized by Google

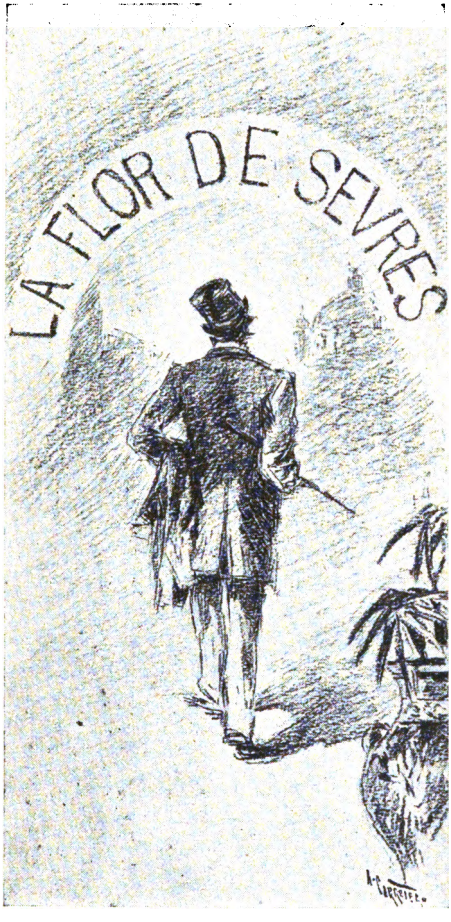
que rectificar un ligero error... No se funda la reputación de mi amigo en lo mucho que habla, sino en lo bien que emite las ideas, en lo admirable de la corrección de su lenguaje y en los profundos conocimientos que vierte; pues ha de saber usted que conoce la arquitectura, la fauna y la flora del mundo entero, y otras cosas más que no hay para qué recordar ahora, en este breve resumen de la sabiduría de mi amigo que me permito hacerles...

Bueno será decir, que estos conocimientos y amistades de Reboleño con los grandes hombres de la política española, decía haberlos adquirido en Madrid, adonde fué una vez *la Flor de Sèvres* acompañando el cadáver de un respetable caballero de Nuvareda que fué enterrado en un cementerio de la corte. Dióle la familia del difunto tan triste encargo á don Ambrosio; desempeñólo á conciencia, meditando durante el viaje; estuvo seis días en los madriles, y al fin volvió á su pueblo, donde con mortales ansias le esperaba su esposa doña Rafaela, roída por los celos, pues sabía

Digitized by Google

bien esta señora, por haberlo oído, que allá no había honestidad segura, y en llegando la noche, aquel diablo de poblachón se convertía en un enjambre de mujerotas sinvergüenza, que se echaban á la calle dispuestas á derrumbar toda clase de virtudes... ¡Y no fueron berrinches y desazones, los que pasó doña Rafaela figurándose á su esposo rodeado de las más desaforadas beldades, que le tendían los brazos incitándole á todos los placeres de la voluptuosidad! Se sabe que en aquellos seis días de tribulación, el monstruo de loza visitó á una amiga suya que había estado en Madrid; interrogóla seriamente, y como la otra le contestara:—«¡Ay Rafaela, es seguro...! Allí no resiste ninguno»—á poco pierde el sentido la buena señora. Comprendió entonces el cariño que tenía al elegido de su corazón; vió con claridad que Ambrosio Reboleño, por su elegante figura, por su gravedad de hombre reflexivo, merecía todos los sacrificios que ella le dedicaba, permitiéndole vivir holgadamente, sin trabajar, y dándole tres pesetas cada domingo para sus gastos.

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

Era don Ambrosio la parte exterior y decorativa de la cacharrería, el anuncio ambulante, el rótulo viviente de *La Flor de Sèvres*, que se paseaba por el pueblo «honrando» la casa. Apenas Reboleño, de vuelta de Madrid, puso los pies en su hogar, ambos cónyuges charlaron á solas más de una hora cerrados en un cuarto.

—No me lo niegues, que será peor... No te creeré, Ambrosio. Nada me coge de sorpresa... Ya estás contándome ce por be lo que te pasó con aquellas pájaras de Madrid. Vamos, cuenta...

—¡Por Dios, Rafaela!—decía don Ambrosio.—Es verdad, es verdad que allí todo está corrompido, y no me han faltado solicitudes; pero te juro...

—¿Ves?... ¡Ah puercas, arrastradas!... ¿Conque te solicitaban, eh? ¡Para ellas estaba!... Aquí á la mano quisiera yo tener una de esas ¿oyes?—rugió el basilisco echando fuego por los ojillos, que en tal rostro, frío y blanco, parecían dos ascuas chisporroteando encima de un carámbano.—Te juro que la descuartizaría sin compasión... ¡Indecentonas! ¡solicitar así á los hombres formales!...

Digitized by Google

¿Y qué hace la justicia, que hace el gobierno, Ambrosio? Y tú ¿no las diste de bofetadas?...

—Cálmate, mujer... Has de saber que odio los procedimientos que se fundan en la violencia, como te he dicho mil veces. Yo siempre indiferente, créeme, aun en medio de las mayores seducciones. ¡Te parece á ti que esas mozuelas!...

—Parece que las estoy viendo, Ambrosio... ¡Qué gentuza! ¿Te tiraron de la chaqueta alguna vez? ¿Qué te decían al pasar?... Vamos, canta claro.

Y después de tal brega y de jurar Reboleño solemnemente, no haber faltado ni de pensamiento ni de obra á la fidelidad matrimonial, dijo dando por terminado el capcioso interrogatorio de su señora:

—¡Oh, la vida madrileña, Rafaela!... ¡La aristocracia!... En fin, es peligroso, vamos, es peligroso...

Este viaje á Madrid agigantó la figura de don Ambrosio ante su esposa, la cual durante muchos días, sentada entre sus cacharros, no cesó de imaginarse á su marido en una población muy grande, llena de luz, rodeado de mujeres ébrias

Digitized by Google

de apetitos insanos, tendiéndole los brazos, disputándoselo como locas, mientras el incorruptible y finchado caballero, las apartaba con delicadeza, rechazábalas con finura, diciendo: «No se molesten, señoras mías, porque yo tengo en Nuvareda á mi Rafaela que me está esperando... Ustedes lo pasen bien...» Y tanto creía el monstruo en el importante papel que Ambrosio había desempeñado aquellos días, que en el transcurso de dos meses se dejó seducir aumentándole la *paga* de los domingos. Mas duró poco tanta ventura. Llegó á enfriarse el entusiasmo al fin, y el ilustre holgazán volvió á sus merodeos y á las asechanzas al cajón del mostrador, como en sus buenos tiempos. Lo que permaneció siempre en el corazón de Rafaela, fué el odio á las mujeres que tiraban á los hombres de la chaqueta y les llamaban morenos, y la creencia en las buenas amistades que es había conquistado Reboleño en Madrid.

Cuando en la tertulia nocturna de doña Sofía, al leer *La Correspondencia*, se nombraba algún título de Castilla, solía decir:

Digitized by Google

—¿Le conoces tú, Ambrosio?

La madre de Carmen no acababa de perder la esperanza de que el día menos pensado, algún poderoso amigo de Reboleño le echara la zarpa á Ruiz Salinas, y se lo trajera á casa cogido por el cogote, obligándole á reconocer á la niña, ó á casarse. Desde aquella tertulia se le seguían los pasos al empleado. ¿Que le trasladaban á Sevilla? Pues allí estaba *La Correspondencia* diciéndolo, y ya había comentarios para un mes. ¿Que se iba el gandul á Zaragoza? Pues vuelta á las andadas, y vengan conjeturas... Un día presentóse Reboleño con un mapa de España, arrancado de un *Atlas*, y entonces ya podía *Ravachol* agazaparse en el rincón más ignorado de la península: el dedo perseguidor y severo de don Ambrosio, salvando cordilleras y atravesando territorios, caía sobre él despiadado:

—Aquí es; miren. Esto es un río; aquí hay una montaña, y este es el pueblo...

Y los dedos nerviosos de doña Sofía y de Carmen, posábanse también en el lugar índicado queriendo atrapar al infame. Venía luego el desconsuelo, al ver

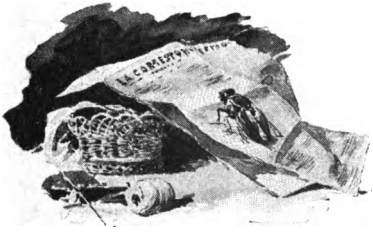
Digitized by Google

que *Ravachol* seguía tranquilo, sin que le hiciera mella el dedo opresor de don Ambrosio, y tal vez sin pensar en la estela de ansiedad y tristeza que había dejado el truhán, en aquel antiguo rincón de sus amores. Y sollozaba Carmen, comprendiendo lo vano que era tender las redes de su cariño sobre una España de papel.

Una noche, antes de despedirse dijo Reboleño:

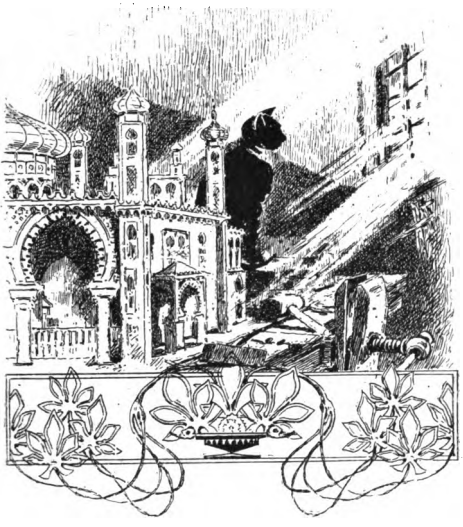
—Estoy decidido, señoras; un día de estos escribiré á Cánovas del Castillo (1). Es lo más derecho...

(1) Estas bromas en las cuales figura el nombre del Sr. Cánovas, fueron escritas en vida del célebre estadista. No son irrespetuosas ni mal intencionadas, sino inocentes y sin hiel. Por eso no las tacho. (N. del A.)



Digitized by Google

Digitized by Google



IV

La obra de marquetería, con la cual don Justo mataba el tiempo en su refugio de la buhardilla, era un edificio de estilo árabe primorosa y pacienzudamente trabajado. El genio arquitectónico de Cancienes, explayábase y tomaba

Digitized by Google

forma material en aquella exquisita labor de filigrana, y lo mismo se le veía centellear en las líneas esbeltas de un minarete, que en el dibujo sinuoso y enmarañado de un ataurique. Antes de ir á la oficina, á emboscarse en el berengenal de expedientes y mamotretos que estaban á su cargo, don Justo se pasaba siempre un par de horas ocupado en tan peliaguda y artística labor; y en ella estaba engolfado, cuando oyó dar las diez en el reloj de una iglesia; suspendió entonces el trabajo, asomóse á la ventana donde daba el sol; contempló un momento la población á vista de pájaro; sacudióse el serrin espolvoreado en sus pantalones; bajó á casa, y no tardó en salir á la calle preocupado con la idea de visitar por la tarde al señor don Tomás Cornellana. Pasó el día en la mayor impaciencia.—¿Qué tendrá que decirme don Tomás? ¿Será una buena noticia? ¿Será mala?

Llegó al fin el momento esperado, y Cancienes encontróse enfrente de la casa habitada por su bienhechor: era un edificio de un solo piso, de aspecto muy

Digitized by Google

serio y repulsivo, de sillería ennegrecida y con tres balcones de hierro, sostenidos por ménsulas que figuraban enormes caras con las bocazas abiertas, enseñando los dientes, como si pretendieran tragarse á los granujas que al menor descuido del portero, hacían prodigios de puntería obligando á los rabiosos personajes á comulgar con las piedras de la calle. En la planta baja, había una puerta de coche, y á cada lado de ella una gran ventana con rejas de hierro erizadas de púas, como en espera de un ataque. Entró don Justo en el portal, y vió á mano derecha, encuadrado en la puerta de su chiribitil, al maestro de obra prima y portero de la casa, conocido por el mote de *Levita*. Ni el mismo Cancerbero infundiría más pavor en sus dominios, que *Levita* en los suyos. Tenía un imponente bigote negro como un chorro de pelos; estaba sentado, con la cabeza baja. Cuando al apretar el calzado entre las rodillas, tiraba de los cabos extendiendo los brazos y estirando el pescuezo, parecía dispuesto á dar un salto, para caer sobre el infeliz que le dirigiera la palabra,

Digitized by Google

como un sér desesperado y fuera de sí. ¡Luego aquella concisión de palabra, aquel mirar con los ojos remellados! Hablaba como si tuviera los labios unidos con pez, y le costara gran esfuerzo separarlos. Contestando al fino saludo de Cancienes, dijo de súbito:

—¿Qué hay, qué hay?

—¿Puede V. decirme, si está en casa don Tomás?

—Estará, estará... ¡Luz, luz!

Cancienes de buena gana hubiera charlado un rato con *Levita,* para retrasar el momento de verse ante el personaje que le infundía tanto respeto; pero viendo que el portero no le dirigía ni una mirada, apresuróse á subir la escalera, y no tardó en hallarse en un largo balcón de rejas de madera torneada, que daba al patio interior de la casa. Como no viera á nadie, tosió fuerte y dió golpes en el entarimado con la contera del bastón, hasta que apareció una señora gruesa y sonriente que tenía trazas de ama de llaves, y llevaba tras de sí, á remolque, un perrito de lanas atado con un cordel. Saludóla cortesmente y luego dijo:

Digitized by Google

—Si no es molestia, señora, hágale saber á don Tomás, que estoy aquí cumpliendo sus órdenes... Si no es molestia...

Desaparecieron señora y perro, y no tardaron en volver.

—Que pase V., don Justo. El señor le espera en el despacho.

Era el despacho del señor Cornellana, un amplio salón alfombrado. En punto á muebles, contenía la estancia, un armario de caoba tallado, lleno de libros; sillas de la misma madera, y una mesa-escritorio. Colgados de las paredes había muchos espejos, como si el señor de la casa, contento con su persona, quisiera verla retratada en todas partes.

Quisiera don Justo tener alas, para no hollar con sus plantas la mullida alfombra, llegando por el aire hasta el sitio donde estaba el señor don Tomás; pero como esto no fué posible, internóse en el despacho andando con paso leve, hasta acercarse á la mesa, como quien se aproxima á un altar. Recibióle afablemente Cornellana, le dió la mano, invitóle á sentarse, y quedándose un

Digitized by Google

momento pensativo, mientras se acariciaba la barba, ya canosa, dijo así:

—Bien, pues tengo que darle á usted una buena noticia, don Justo.

Toda la atención de que era capaz Cancienes brilló en sus ojos, á ver lo que pasaba fuera, como un niño se asoma á una ventana cuando pasa una procesión.

—Sin rodeos—prosiguió don Tomás. —He hablado con mis amigos de la Diputación, y he conseguido que le asciendan á V... Dentro de quince días disfrutará V. de mil reales más de sueldo...

Tiñóse el rostro de don Justo de color rojo, y sin darse cuenta de ello, colocó una pierna sobre la otra, y comenzó á tirar de las cintas del calzoncillo, diciendo al mismo tiempo:

—No sé como pagarle... no sé como pagarle...

—Eso no vale nada, don Justo—contestó Cornellana.—El ascenso se lo tenía usted bien ganado hace tiempo, pues aunque V. todo lo cubre con esa modestia que tanto le enaltece, sé yo que es V. el alma del negociado...

Digitized by Google

Ante las frases laudatorias que el ilustre prócer dirigía á Cancienes, éste, confuso y turulato, permanecía sin ver ni oir, envuelto en la humareda del incensario que se columpiaba á su vera.

—Y ya que estamos aquí mano á mano, don Justo, no quiero dejar de decirle, amistosa y confidencialmente, otra noticia... Repito que se la comunico en el terreno de la confianza, esperando que por ahora no haga V. uso de ella... Sepa V. que dentro de muy pocos días quedará firmado mi nombramiento de gobernador para una importante provincia... aun no sé cuál... Es V. el primero á quien hago esta confidencia, recomendándole gran reserva...

—Naturalmente... claro está—murmuró el empleado aturdido.—A hombres como usía...

—Don Justo, por Dios, apee V...

—Eso es... mil gracias, que sea enhorabuena. Los méritos de V. los innumerables servicios y extensos conocimientos... le hacen acreedor.

Emocionado Cancienes con tan halagüeñas noticias, no acertaba á explicarse

Digitized by Google

á su gusto. Acrecentóse su turbación, cuando distraídamente miró á un espejo, y se vió haciendo una grotesca figura con una pierna montada en la otra, y la mano derecha metida en la pernera del

pantalón. Después de serenarse, lo mejor que pudo, habló así:

—No sé cómo decirle... vamos, no sé cómo explicarle... Pero V. de sobra sabe lo mucho que me alegro... eso es...; yo siempre fiel; siempre agradecido, don Tomás.

Digitized by Google

Terminada la entrevista, don Justo salió de casa del señor Cornellana rebosando júbilo, vertiéndolo por los ojos que brillaban, por los carrillos que parecían más mofletudos y rosados que antes. Y así, empapado el espíritu en ideas confortables y dulces, sorbiendo el aire como si fuera una golosina, pasó por delante del portero *Levita*, saludándole muy finamente, hasta que dió consigo en la calle, orondo, vivo y alegre, tal, que él mismo creyó medida prudente no irse derecho á casa, donde podía ser peligroso derramar de golpe y porrazo toda la dicha que llevaba consigo. Decidió, pues, dar un paseo por el pueblo, á ver si de este modo se le evaporaba la emoción, y si todas las potencias del alma que andaban revueltas y confusas, volvían á ocupar sus puestos, logrando él verse sereno y dueño de su persona, como hombre reflexivo y sesudo. Como lo pensó lo hizo. Era por cierto un día muy hermoso. También la naturaleza parecía haber recibido de Dios alguna buena noticia, y estar de enhorabuena, según los atavíos de que hacía gala.

Digitized by Google

¡Qué fuego el del sol! ¡Cómo brillaba en el azul limpio del cielo, sin nubes, sin estorbos que atenuasen el amor de sus rayos! ¡Con qué cariño miraba á todos, empingorotado allá en lo alto, hablándonos de bondades infinitas con el calor de sus olas luminosas! Cantaba, sí, desde la inmensidad del espacio el himno de la luz y la alegría que recorre el universo y presta atención á todos los seres que viven de su lumbre en millones de mundos solitarios. ¡Qué grande, y qué humilde en su poder, que no desprecia á nadie y á todas partes lleva la limosna de sus efluvios!... Parecía hablar el sol aquel día, y decir á todo el mundo, especialmente á Cancienes: «Aquí me tenéis; de parte de Dios vengo... ¿No decís que hace falta calor para las labores del campo? pues ahí va, y manos á la obra... Tú, enfermo que estás hecho un alfeñique, y te pasas el día al lado del fogón, como un gato, ya estás saliendo á la calle que yo te espero y te abrigo; y tú, zángano, por el estilo de Ambrosio Reboleño, que te pasaste días y más días en el rincón

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

de un cafetín charlando por los codos, ¿quieres recrear la vista? ¿quieres ver un árbol verde, un cielo azul?, pues afuera á estirar las piernas, que aquí estoy. Y lo mismo digo al perro que quiera expulgarse al sol, al pobre que desee tender ropa, al viejo que sale á la puerta á fumar un cigarro, al pájaro que ansía charlotear entre el ramaje, y al insecto que custodia un huevo... A todos os digo que vengáis á mí: soy el que paga y no cobra, el que á todos ama sin atender á clases ni alcurnias, y el que todos los días se despide de vosotros llorando en el ocaso...

Así hablaba el sol á los vecinos de Nuvareda, y éstos, dándose por enterados, salían á las calles en busca de luz. Cancienes caminaba despacio, parándose ante algunos escaparates lujosos, y saludando á los comerciantes conocidos. Al pasar cerca de una iglesia, sintió que le tiraban del gabán, y oyó una vocecilla que decía:

—Justo... Justo...

—¡Ratita mía!—exclamó alegremente Cancienes, al ver á Rosita, la niña de su

Digitized by Google

vecina Carmen.— Estás sola ¿y mamá?

Suspendióla luego en el aire, elevándola cuanto pudo; y la niña que llevaba un trajecillo azul y tenía en las mejillas la frescura del nardo, se moría de risa al verse en sitio tan alto y aleteaba con los brazos, con el flotante pelo, con los cintajos azules del vestido, como un ángel que intentara volar. Aproximó Cancienes su rostro al de Rosita; las dos caras alegres se miraron, y al fin estalló un beso al choque de aquellas dos alegrías, la una nueva y virgen, la otra limpia y virgen también, aunque filtrada al través de la experiencia amarga.

Frisaba Rosita en los cuatro años, y era muy cariñosa y parlanchina. Miraba con recelo á las personas desconocidas, y luego preguntaba:—¿Es un maestro? —Si le decían que no, dejábase besar muy contenta.

No tardó en salir Carmen de una tienda cercana; habló un rato con don Justo, y éste, después de separarse de ella, al verla marchar calle adelante, tan limpia, tan modesta, llevando á Rosita cogida de la mano, quedó diciendo:

Digitized by Google

—¡Qué pillo ¡carai! qué pillo ese Salinas!... ¡Abandonar así á una chica tan buena!...

Y Cancienes siguió paseando su buen humor por el pueblo; miraba á todos lados como si para él fuese Nuvareda una ciudad nunca vista. Dentro de su alma había una música, y saboreando iba sus agradables sones cuando al pasar cerca de la Audiencia, abocóse con don Ambrosio Reboleño, que salía del palacio de justicia, adonde iba asiduamente á presenciar el espectáculo gratuito de los juicios orales. Allí en aquel caserón oscuro y polvoriento, entre leguleyos, alguaciles y otros galopines, codeándose con esa lechigada de funcionarios que viven como gusanos en un queso podrido, se pasaba las horas Reboleño, escuchando truhanerías de éste ó triquiñuelas de aquél; pesaba argumentos, mascullaba sentencias, presenciaba horrores, buscando siempre el alimento cotidiano para su fantasía holgada y regalona, que almacenaba no escaso caudal de frases sonoras y rimbombantes, para después utilizarlas en la ocasión propicia. Y sin embargo,

Digitized by Google

Reboleño, ni era pleitista, ni amigo de camorras; no; en el complicado rodaje forense, sabía buscar la parte elevada y artística, cazaba el drama del sumario, y la forma severa y grave de los informes y alegatos. Así, cuando sentado á la mesa, la criada impaciente pretendía llevarle el plato antes de que él engullera el último bocado, levantaba Reboleño una copa á modo de campanilla, y decía:

—No ha lugar, muchacha...

Decíamos que se hallaron frente á frente Cancienes y don Ambrosio. Paróse aquél, dispuesto á comunicar á su amigo la noticia del ascenso; pero Reboleño, adoptando un continente de hombre que tiene muchos y serios quehaceres, díjole de refilón, pasando sin detenerse;

—Ni un momento puedo dedicarle, querido don Justo. Cosas de política...

Y siguió calle abajo *la Flor de Sèvres,* mientras don Justo, que creía en las ocupaciones de su vecino, decidió irse á casa, convencido de que tenía ya el espíritu reposado y tranquilo. Al llegar al portal, encaróse con él doña Rafaela, y díjole:

Digitized by Google

—Suba, suba pronto y no se detenga, alma de Dios... Suba á dar la buena noticia... ¡Y qué callado se lo tenía! Como si los demás fuesen á robarle la credencial... Ande, ande, y que sea enhorabuena...

—Señora—dijo don Justo—no comprendo cómo lo sabe V... En fin, muchas gracias...

Y el empleado subió á su casa. Llevaba consigo una aureola de luz, entraba en su morada seguro de despertar alegría, como el sol de invierno en una casa húmeda. Gozaba, reía solo, pensando en que iba á besar á su niño y á recibir el parabién de su esposa. La casa estaba en silencio. Internóse en el pasillo, y notó que el comedor estaba medio á oscuras, en esa penumbra que buscan los enfermos. Marcelina estaba sentada en un rincón, casi en la sombra; cerca de ella dormía el niño en la cuna. Avanzó don Justo, pisando despacio, hasta ver claramente á su mujer.

—No me asustes... Caramba, Marcelina ¿qué pasa? ¿Está enfermo el niño? Y tú ¿qué tienes?...

Digitized by Google

—El niño bien... No pasa nada.

—Pero y tú ¿por qué estás ahí, en esa oscuridad? Estás disgustada...

—Nada tengo, Justo...

—Perdona, hija, pero vamos, no sé cómo te encuentro. Naturalmente, algo ha ocurrido...

—¡Bah! Si tú te empeñas en ello...— contestó secamente Marcelina.

Y Cancienes, que nunca la había visto tan agriada y triste, al oir la última frase con la cual apartaba á un lado la mano amiga, sintió el desdén, y con voz temblorosa, vibrante de emoción, dijo así, sentándose al lado de su mujer:

—Pues yo, Marcela, te traía una buena noticia; venía muy contento, pensando en decírtela para alegrarnos juntos... Eso es... Y ahora te encuentro así... No me mortifiques más por Dios, hija, dime lo que tienes, y te diré la buena noticia...

—La sé de sobra...

—Pues, caramba, enferma debes de estar si sabiéndola estás triste... ¿Sabes la otra?...

Y como callara Marcelina, siguió don Justo:

Digitized by Google

—Don Tomás se marcha; le han nombrado...

—También la sé; ¡déjame en paz!

Bajó Cancienes la cabeza tristemente, y sintió algo parecido á si comenzara á pudrírsele dentro toda la alegría, antes tan fresca...

Digitized by Google

Digitized by Google

V

Desde que el Excmo. señor don Tomás Cornellana, había marchado de Nuvareda, con el fin de gobernar una provincia andaluza, Cancienes notó en su casa algún desorden, y en el semblante de Marcelina, un no sé qué de disgusto y de murria, que parecía estar escondido mientras él se hallaba presente, y debía de salir á chorros cuando él se ausentaba. Sólo atisbos llegaron á don Justo de las coraginas y tristezas que sin duda inundaban su hogar, mientras él se iba

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Digitized by Google

á la oficina, para ocultarse, cuando volvía, entre los pliegues de una sonrisa forzada, como los ratones se esconden al oir pasos. Marcelina, salvo algún gesto desdeñoso y alguna contestación aceda y lacónica, era la misma de antes... ¿Sería ilusión? ¿sería vana sospecha, aquel malestar y desgobierno que don Justo creía se apoderaba de su casa en cuanto él ponía los pies en la calle? Con certeza era difícil afirmarlo. Lo que sí aseguraba Cancienes, porque sentía dentro de sí los resquemores, era que le traían á mal traer el desasosiego y la ansiedad... Estando un día en la oficina, creyó oir una voz interior que le dijo: «Vete á casa, Justo, que allí no reina el bienestar de antes», y efectivamente, tomando en serio el consejo de la voz, ideó un pretexto para lograr el permiso del jefe, y presentóse en su vivienda... Nada. Todo tranquilo... Marcelina leía al lado de la cuna. Era media tarde.

—¿Qué milagro por aquí á estas horas?

Procuró don Justo dar á su rostro cierta expresión de malestar, y contestó:

Digitized by Google

—No me siento bien... No vale nada. Con una taza de té me pasará... Andar entre tantos papelotes, marea, hija... Ya no soy el que era para el trabajo...

Y diciendo esto Cancienes, se fué á la cocina, en donde encontró á la criada llorosa y afligida. Pidióla té, y luego:

—¿Qué es esto, qué le pasa á V.?

—Dispénseme el señorito... Té, no puedo dárselo; no tenemos carbón... Yo me marcho hoy mismo...

Apareció en esto Marcelina, y encarándose con su esposo, le habló así:

—Ajústale en seguida la cuenta... El té puedes tomarlo arriba, en casa de doña Sofía...

Dominado don Justo por el tono imperativo de su mujer, metió la mano en el bolsillo del chaleco, diciendo:

—Bien... Se le debe á V. lo que va de mes: diez días...

—Tres meses se la deben,—dijo secamente Marcelina.

Miróla asombrado Cancienes, y sin decir palabra se fué á su alcoba. La cara avinatada del payaso, que se pasaba la vida guiñando los ojos en la cima del

Digitized by Google

reloj, pareció reir de mejor gana al ver que don Justo, emocionado y tembloroso,

sacó algún dinero del cajón de la cómoda, hecho lo cual volvió á la cocina, y muy silenciosamente depositó sobre la mesa la cantidad que debía á la doméstica.

Digitized by Google

Cuando los cónyuges quedaron solos, Marcelina esperaba un interrogatorio de su marido acerca del caso; pero éste nada dijo, nada trató de sonsacar. Contempló un momento al niño que dormía en la cuna, le miró fijamente, con mirada insaciable, hambrienta de amor filial, sentóse después con calma, mientras Marcelina, cogiéndole cariñosamente del brazo, díjole:

—Mira; perdóname que no haya en casa ni pizca de carbón; ya ves; estas criadas, no hay quien pueda con ellas... Si te sientes mal, ve arriba, doña Sofía que es de tanta confianza... Entre vecinos nada tiene de extraño... Ahora escucha, ¿por qué no hablas? ¿cómo no me preguntas porqué se deben tres meses á la muchacha? Bien; pues aunque no me lo preguntes, te lo diré yo... Tuve que emplear ese dinero en otras cosas ¿sabes? ¡Se gasta tanto; está la plaza tan cara!

Y al ver que su esposo nada decía, Marcelina sintió por la vez primera cierto respeto, casi temor, á lo que don Justo callaba. ¿Qué pensamientos ocultaría el pobre hombre?

Digitized by Google

—¿Estás disgustado? ¿Te sientes peor?... ¿Por qué callas?—le interrogó con voz dulce.—Vamos, sube á casa de doña Sofía, y toma el té... Siempre estoy diciendo que no tomes con tanto afán los asuntos ajenos... Claro, serás el único que trabaja en la oficina... Anda, hijo, sube...

Levantóse pesadamente Cancienes, y caminando despacio, como buey uncido á una carreta muy pesada, salió á la escalera, y subióla, oyendo aún la voz de Marcelina, que le decía desde la puerta:

—Tómalo bien caliente... Eso no será nada...

Quedo, muy quedo, llamó en la habitación de su antigua patrona. Vió que se abría la mirilla, detrás de la cual aparecieron los ojos azules de doña Sofía, que, vistos así, solitarios, sin la compañía de las carnes rugosas del rostro, como los de una máscara que mira tras el antifaz, eran hermosos, muy lánguidos. Al abrirse la puerta, sintióse Cancienes acariciado por el calorcillo de aquel hogar, que parecía el aliento de

Digitized by Google

un sér querido. Apenas estuvo en presencia de la patrona, le dijo ésta, después de dar algunos balanceos de mosca almibarada:

—Hágame el favor, don Justo; hablemos en voz baja...

—Bien, sí señora; pero ¿hay algún enfermo?

—En buen hora lo diga: tenemos una salud como toros, gracias á Dioś...; pero está él escribiendo ¿entiende?

—Ni pizca, doña Sofía... ¡Carai! ¡Escribiendo, escribiendo! Pues no caigo... ¿Quién es el que escribe, y V. perdone la pregunta?

—¡Chists!... ¿Quién ha de ser, don Justo? ¿No se acuerda, santo varón, que el otro día quedó don Ambrosio en *poner* una carta á, una carta á... vamos en la punta de la lengua lo tengo... ¡Ay qué maldita memoria!... A, á, á ese señorón tan pudiente, don Justo, ¿no cae en él?... Al que manda después del rey; á ese Cavana, que vive en Madrid en un Castillo... ¿Cae en la cuenta ahora?

—Sí, señora; á don Antonio Cánovas...

Digitized by Google

—Clavado, don Justo.

—De modo que don Ambrosio está escribiéndole ahora...

—Cabal; una carta peliaguda, á ver si el gobierno se toma interés, y nos trae por acá al perillán de Salinas. ¡Que cumpla, sí, señor, que cumpla! ¿no le parece bien?... Todos me dicen que si no acudo á las relaciones que tengo, soy una tonta; no vaya á creerse el fachendoso y descastado, que vive una abandonada como una seta... Ya veremos, ya veremos. Don Ambrosio dice que todo saldrá como una seda, y que será como coser y cantar en cuanto ese señor del Castillo lo tome por su cuenta... Yo ¡ay Dios mío! no, no lo veo tan fácil; porque moro á la fuerza... ¿verdad, don Justo?

Y en tanto que así hablaba la mosca, arrastrábase por el pasillo seguida de Cancienes, que sostenía con trabajo su corpachón en las puntas de los pies, para que el ruido de las pisadas no turbase la fantasía de Reboleño, metida en tan ardua empresa. Llegaron ambos al comedor, y una vez en él, don Justo dijo

Digitized by Google

á Carmencita, que se hallaba zurciendo ropa blanca, cerca de la galería:

—¿Y la pequeña?

—Está en la calle jugando... Dispénseme, don Justo; pero me extraña verle por aquí á estas horas.

—Es verdad, chiquilla; voy á decirte á lo que vine... Eso es... Subí, ¿sabes á qué?—dijo Cancienes, sonriendo,—pues subí á pedirte una limosna por Dios... Me vine de la oficina algo indispuesto, y como Marcelina no tiene té en casa... pues ya sabes, en fin, abusando de la confianza...

—¡Por Dios, don Justo! ¡Miren qué hombre! ¡Y no haberlo dicho antes!...—exclamó la joven.—¡No faltaba más que ahora viniera con cumplidos!...

Y echa una polvorilla, arrojando al suelo la costura, fuése á la cocina. Oyó Cancienes ruido de platos y trebejos mientras hablaba con doña Sofía, y no tardó en presentarse Carmen con la taza de té, diciendo con cara regañona:

—Otra vez sea V. más franco, y diga las cosas sin rodeos... ¡Es ocurrencia, necesitar algo y no pedirlo!...

Digitized by Google

Fuése doña Sofía al balcón á vigilar á la niña. Cancienes y la joven quedaron solos.

—Y tú—dijo el empleado, mirando á Carmen con expresión bondadosa—¿qué me cuentas, niña?... Caramba, alcé demasiado el gallo... Ya no me acordaba que don Ambrosio está escribiendo... (Cancienes bebió un sorbo de té, y permaneció con la taza en la mano.)

—¡Bah! ¡Don Ambrosio!... Oiga, don Justo,—contestó Carmen preparándose para volver á su labor.—A V. me atrevo yo á decirle ciertas cosas, porque, vamos, los hombres se conocen bien unos á otros... No sé si será una barbaridad lo que se me ocurre; pero no puedo remediarlo... Por soltar las cosas que pienso, mi madre siempre me dice que soy muy atrevida, y que no acabo de perder los resabios que se me pegaron en el taller cuando quisieron hacerme modista... ¿Me deja hacerle una pregunta, con la condición de que no diga nada á mi madre?

—Venga, niña; lo que es por mí, puedes hacerte cuenta de que hablas en un pozo... Eso es...

Digitized by Google

—Bien; pues atienda y contésteme con franqueza... ¿No es un farfantón y un zangüango, don Ambrosio Reboleño?

—¡Ave María Purísima! — exclamó Cancienes estupefacto.—¿Que si es don Ambrosio un, un...? ¡Diablo de chiquillas qué cosas decís!... Fíjate, Carmen, en quehablas de un hombre fino, acomodado y... vecino ¡carai! Pues ya lo creo... pero á ti ¿cómo se te ocurre juzgar así...?

—Estaré yo equivocada,—dijo con naturalidad Carmen, al ver su opinión hecha añicos, bajo el parecer de su amigo.

—¿Equivocada? Pero hija mía, tú ¿quién crees que es don Ambrosio?... Una persona tan...

—¿Quiere saberlo todo?—dijo la joven con viveza.—Pues téngole por un holgazán muy grande ¿entiende?... ¡Vaya! ¿si creerá él que yo estoy en Babia?... Déjeme desahogar, don Justo... Un pisacalles, un farfantón y un trapacero, que viene aquí con mil relaciones de duques y marqueses, todo mentira. ¡Bah! Si no fuese por mi madre ¿cree V., don Justo, que estaba ahí ahora ese pasmarote de

Digitized by Google

hombre, escribiendo á nadie? ¿Qué creerá él?... ¡El demonio del comediante!... ¿Quién le mete en camisa de once varas? Y á él ¿qué le importa, si yo soy ó no desgraciada? ¡Habráse visto! Lo que le gusta es darse tono, y aparentar, don Justo, y lo que es por mí, ya está sobrando en casa, porque no me gustan los monigotes, ni los zánganos que viven á costa de la mujer, y se pasan el día estirándose los pantalones y esperando la ocasión para sacar de la caja de la tienda un par de perros, para comprar cigarros de á diez céntimos, y luego irse al café á pedir asiento y... agua de la fuente... ¡Así, así se lo había de decir yo!... ¡Si yo todo lo sé; si á mí no me la da él como á ustedes, que le tienen por el príncipe de Asturias! ¡Estamos frescos, con el personaje que viene á hacernos favores, y resulta ser el marqués de la escudilla, el conde de los orinales y el barón de la sopera! Lo que él tiene es envidia porque tengo una niña, y él no tiene ninguna; pero que rabie y se muerda!...

—¡Baja la voz, por Cristo bendito!—

Digitized by Google

exclamó don Justo, que estaba aterrado ante el borbotón de palabras de la muchacha, y la miraba como quien mira una ametralladora.

—Sentiría que mi madre lo oyese ¡lo que es por él!... No lo puedo ver ni en pintura, don Justo; créame, lo tengo bien estudiado... Mejor se dedicaba á limpiar palanganas y á ayudar á su mujer que á meterse en la vida de los demás y á llamarme á mí desgraciada á todas horas, porque lo soy, sí señor, porque lo soy!—dijo Carmen llevando á los ojos húmedos el pañuelo.

—Vamos, niña, no te desconsueles, por Dios... Ten calma...

—Si no lloro me ahogo, don Justo. Bien puede dispensarme... ¿Quién es él para echarme en cara la falta todos los días? Sí tuve un desliz, bien caro lo estoy pagando, sí señor, y otras más altas que yo los han tenido... ¿Está bien que á cada paso me recuerde el lance y me diga que estoy deshonrada? ¿A él qué le importa? ¿Pídole yo algo? ¿Qué pan llevo á la boca, que no sea mío ó de mi madre?... Y dale con la vida honesta,

Digitized by Google

y con que debo lavar la mancha... ¿Qué le parece? Usted que me conoce, dígame por Dios ¿qué hago yo de malo? ¿No me vé aquí, entre cuatro paredes, todo el santo día, sin ver el sol, atendiendo á la niña, revolviendo la casa, y fregando el santo suelo con estos puños?

Extendió Carmen hacia su amigo las manos, que habían sido blancas y hermosas. Estaban grietadas, hartas de empuñar entropajos.

—Tienes razón, tienes razón, ¡carai! —exclamó Cancienes enternecido, sintiendo dentro de sí un poco de marejada en el manantial de las lágrimas.—Tienes razón, y el mortificarte á ti, es una crueldad... Nadie, caramba, nadie más que Dios y tu madre pueden reprenderte siendo buena como lo eres. Lo sé yo... eso es... y lo digo aquí y en todas partes; porque es verdad, y si hay alguien, pobre niña, que te moleste recordándote lo pasado, ese... ese hace mal, muy mal!—dijo don Justo, que no pudo hallar una frase dura aunque la buscó.

Ponía se el sol. Don Justo apartándose de Carmen, asomóse á la pequeña

Digitized by Google

galería desde la cual, por estar muy alta, podía atalayarse gran extensión de horizonte. Vió ante sus ojos el panorama para él tan conocido: tejados, muchos tejados ennegrecidos por el humo, la torre de una iglesia muy sombría, dos ó tres agujas y dombos de grandes edifi-

cios, y en el cielo un verdadero paseo de nubes, que avanzaban lentamente á impulsos del viento, ribeteadas por el rosicler del crepúsculo. Allá á lo lejos, se veía una larga fila de álamos gigantes, que parecían fastasmas desgarbadas y zanguilargas, que se mecían con la brisa, haciendo reverencias y saludos á la población.—Pobrecilla—pensaba Canciones conmovido.—¡Qué triste vida te

Digitized by Google

aguarda!... Ruiz Salinas ya te habrá olvidado completamente... pero ya llevará su castigo, sí señor, es seguro que lo llevará... Y á todo esto, yo sigo con mis temores, yo vivo sobresaltado, yo no sé qué me pasa. ¡Deber á la criada! ¡No tener carbón!... Pues sí; no me había fijado; pero es verdad ¡carai! lo que me dijo Carmen de don Ambrosio... ¡Miren lo que son las cosas!... ¿Trabaja? no. ¿Trabaja su mujer? sí... Pues tiene razón, tiene razón Carmencita, ¡qué disparate!... ¡Tres meses á la criada!...

Meditaba así Cancienes espaciando la vista desde la ventana. Carmen seguía cosiendo, medio á oscuras. Oyéronse en el comedor pisadas lentas, majestuosas, de unos pies que parecían convencidos de la valía de su dueño; luego las sombras vomitaron la figura de don Ambrosio Reboleño, que se detuvo delante de Carmen, diciendo con voz meliflua:

—Si V., Carmencita, tuviera la amabilidad de proporcionarme un poco de luz... Cuestión de un momento... Estoy en la postdata, y deseo terminar la epís-

Digitized by Google

tola hoy mismo... para mañana ponerla en limpio, en papel especial.

Esto dijo Reboleño, echando hacia el cogote el gorro bordado con abalorios y pasándose la mano por la frente, como si tratase de amasar ideas. Saludó en seguida á don Justo hablando así:

—Déjeme darle la enhorabuena, don Justo, por el ascenso alcanzado á fuerza de méritos... No se ruborice ni se haga el poca cosa... Nada quise decirle; pero no faltó quién me ha consultado sobre la justicia de su ascenso. Contestación mía: de hombres como ese, capaces de distinguirse en todos los ramos del saber humano, debe esperar la patria...

Púsole Carmen en la mano una vela encendida. Hizo una cortés inclinación Reboleño, y continuó:

—Pudiera, querido don Justo, seguir hablándole de la cosa pública, y haciendo una breve y sucinta crítica de los hombres que hoy nos gobiernan, para venir á parar luego... Pero sepa V. que en el afán que me domina de hacer bien al prójimo, heme inmiscuido en el asunto de Carmencita, y espero salir bien de

Digitized by Google

semejante obra filantrópica y benéfica, poniendo en juego todas mis influencias... No sé si soy indiscreto... En fin, libre hoy de mis quehaceres ordinarios y cotidianos, he podido dedicar la tarde á comunicar detalladamente á Antonio Cánovas la historia...

Durante una pausa, se palpó los bolsillos Reboleño, hizo un gesto de contrariedad, y dijo:

—Continuaré... Un breve paréntesis... ¿Puede V. don Justo, cederme un pitillo por unos instantes?...

Mientras el atildado don Ambrosio encendía el cigarrillo en la luz que tenía en la mano, Carmen le miraba arañándole con los ojos. Don Justo, sin decir palabra, después de lo que había oído á la joven, miraba á don Ambrosio como un expediente de difícil solución. Prosiguió el holgazán:

—Recordarán ustedes, que cuando el maldito vicio del tabaco me cortó el hilo del discurso, decía, si la memoria no me es infiel, que en la epístola que dirijo á mi amigo del alma, le expongo claramente, á la luz de la más sana moral,

Digitized by Google

el indigno proceder, la conducta alevosa de ese ente degradado que se llama Ruiz...

Carmen, que ya desde el principio del discurso, ardía en ira, y estaba como quién dice con el dedo en el gatillo, no pudo contenerse, y disparó á quemarropa contra don Ambrosio esta perdigonada:

—Hágame el favor de no tratar así, ni insultar, á quien no se acuerda de usted para nada... ¿Sabe que está pesado como un plomo? ¿No tiene otra cosa que hacer, más que venir á disgustar al prójimo? Pues bien de sobra está en el mundo, cuando á eso se dedica...

—Paréceme, niña, ver retratada la ingratitud en tu semblante—dijo severamente Reboleño.—¿Cómo te atreves á defenderle?... ¿Como no respetas la experiencia mía?...

—A todo me atrevo hoy, don Ambrosio; porque estoy hasta la punta de los pelos de oirle todos los días llamarme esto y lo otro, muy finamente. ¿Pero á usted qué le interesa?... ¡Es afán!... No quiero sermones, no quiero cantinelas, déjeme en paz con mi niña, que es lo

Digitized by Google

que V. envidia, y con todas mis desgracias... que bien las pago. El corazón que ha de sufrirlas, lo tengo yo sola, es todo mío y de mi madre, y de mi hija, y él es el que sufre sin necesidad de ayudas...

—¿De modo que desprecias la carta? —dijo Reboleño con lástima.—¿No sabes, niña, que de esa epístola acaso depende tu porvenir?... Descubro hoy en ti, Carmencita, un sér irrespetuoso y casquivano. ¡Cómo! ¡Atreverse á desobedecer á su madre! ¿Osas mirarme frente á frente? ¿Osas despreciar el poderío de Cánovas?...

—No sé quién es ese señor; pero cuanto más alto esté, menos estará al alcance de su mano, don Ambrosio; así es que deje á Cánovas en su sitio, á mí en el mío, y V. siga en la cacharrería, que será lo mejor. Ni más, ni menos; y no me saque de mis casillas...

Acercó entonces don Ambrosio la palmatoria que tenía en la mano, al rostro de la joven, y accionando con la diestra, como si arrojara sobre su enemigo puñados de indignación, díjole:

—¡Ingratuela! ¡Bueno es saber que

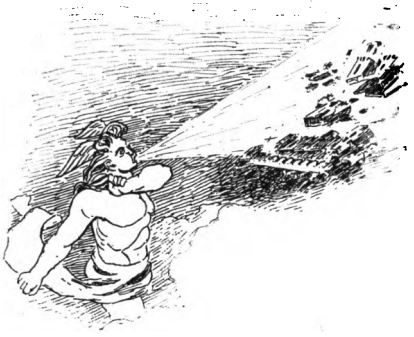
Digitized by Google

tengo en ti una formidable detractora, en ti, á quien tanto he favorecido, chiquilla inexperta, y digámoslo de una vez, antagónica!... Lo que puedo asegurarte, es que la carta irá al correo, no por ti, sino por tu madre... Nada más.

Dijo, y sin esperar contestación, giró Reboleño sobre los talones, y ocultóse en su guarida dispuesto á terminar la carta.

Digitized by Google

Digitized by Google



VI

Justo Cancienes, ¿vivirás en Babia? ¿Serás un pobre y mísero gurrumino, dulzón y pegajoso, incapaz de hacer feliz á una mujer? ¡Señor, que congoja!... ¡Dios mío, qué pena! Seré, seré todo eso... Yo no sé nada; yo estoy aturdido. Voy á la oficina, trabajo lo que puedo. ¿Seré un sandio? Puede,... eso es. Pero á ver, ¿quién dirá, sin faltar á la verdad, que te ha visto en un café perdiendo el tiempo? ¿quién podrá decir que no eres

Digitized by Google

hombre honesto y de buen gobierno? Nadie, caramba, y miente el que diga lo contrario, y ruin y malvado pudiera yo llamar á quien dijere cosa tal... Bien; yo tengo la conciencia tranquila, como una balsa de aceite... Pero sin embargo de esto, ¿no sientes, Justo, que llegan á ti los primeros soplos de viento, centinela avanzado de una tempestad que se avecina?... ¿No ves que sin saber de dónde vienen, llegan á tu hogar, algo así como efluvios de días tristes?... No me engaño, carai, voy siendo ya un carcamal, y dicen que á perro viejo no hay tus tus... Aunque lo disimule, Marcelina no es la que era, no señor, y esto me vuelve tarumba... Eso es... y ni como bocado que me aproveche, ni escribo cosa con cosa en el despacho, ni salgo á los prados á buscar pamplinas para el pobre canario, ni tengo humor para trabajar en la buhardilla... Sea todo por Dios, y en él confío... ¿Serán desatinos todas las cosas que se me ocurren? ¡Ojalá!... Ya lo creo...

Estaba don Justo en su cuarto, sentado en la butaca; sobre las rodillas tenía abierta una cajita de madera, en

Digitized by Google

la cual guardaba él los fondos de una sociedad de artesanos que le había nombrado tesorero. Acababa de recontar los cuartos, cuando las malditas ideas negras le dieron una arremetida que le dejó cabizbajo, desanimado, y hablando consigo mismo.

De pronto entró Marcelina en la alcoba, y al ver á su esposo arrellanado en la poltrona con el cofre sobre las rodillas, díjole sonriendo:

—Pues no sabía yo de ese tesoro!... Mira, precisamente tengo que pagar unas cuentas... Nada te dije porque creí que estabas como yo, á la cuarta pregunta, ¿sabes? Verás... Es poca cosa ¿me dejas coger?...

Al ver Cancienes la mano blanca de Marcelina, que intentaba colarse en la caja, cerróla de golpe, y exclamó temblando:

—¡Nunca, eso nunca, hija!... Esto es sagrado, Marcelina, es el dinero de los pobres, de los que trabajan! ¡Carai, que disparate! Es sagrado...

—¡Jesús, y cómo te apuras! ¿Acaso te crees que yo voy á quedarme con el

Digitized by Google

dinero de nadie?... ¡Vaya una ocurrencia! ¿Tiene algo de extraño que hoy saque de ahí lo que me hace falta, y mañana lo pongas otra vez en su sitio?... Creo que no...

—Déjame, niña, por el amor de Dios, —dijo Cancienes á quien pesaba la caja como si fuese de plomo macizo.—Ni en broma ¿me oyes?... ¿Sacar yo, Cancienes, el dinero que otros han confiado á mi custodia?.... ¡Hija, hija!

—Bien, pues no he dicho nada... Yo creía... que para pagar esas cosillas...

—¿Qué cosillas, Marcela?—preguntó don Justo, temblando.

—Pues mira, tonto: dos pares de botas por un lado, un abrigo por otro... ¿sabes?; algo de ropa interior... No te asustes, hombre, importará todo ello unos cuarenta pesos...

—Nada sabía... y es necesario pagar, Marcela; y yo no puedo ahora... ¡Dios mío, qué apretón! De esto no se puede echar mano, eso jamás... Oye, ahora cobrarás un trimestre de tu renta; lo aplicaremos á esto...

—No pienses en ello... El trimestre

Digitized by Google

pasado tampoco se cobró—dijo Marcelina palideciendo.—No cuentes con nada... Hubo malas cosechas; los aldeanos no pueden pagar...

Guardó don Justo la caja en la cómoda y dijo:

—¿Dices que la mala cosecha?... Hoy hablaré con el mayordomo de don Tomás, á ver qué dificultades hay para el cobro de esas rentas... No veo otro camino.

—Es inútil, es inútil... No le hables... ¡Lo sé yo!... contestó vivamente Marcelina, y salió del aposento disgustada.

Quedó Cancienes atortolado y solo. Siempre había tenido por lema no deber á nadie, y ahora... ¡qué vergüenza! ya no podría presentarse en todas partes con la «cara limpia» y el traje sucio, á veces, pero suyo. Y no era lo malo el presente, sino el porvenir que parecía reirse de Cancienes... ¡Veía él unas cosas, cuando miraba hacia adelante! Aquella vida metódica y arreglada de sus buenos tiempos, tenía trazas de terminar, porque ¿qué valía que él luchase como un héroe contra el despilfarro, buscando sastres

Digitized by Google

baratos que supieran volver una chaqueta? Y aquello de dar betún á las botas cada ocho días, y untar con tinta las manchas del sombrero, y hacer jabón en casa, con un aparato de manubrio que Marcelina llamaba el organillo ¿para qué servía?... ¡Todo inútil! Y lo peor era que detrás de estas miserias de la economía doméstica, vislumbraba don Justo hondos disgustos, y repetía constantemente esta frase:... «¿adónde vamos á parar?»...

Salió aquel día de casa decidido á hablar con el mayordomo de Cornellana, que era, según creía, el encargado de cobrar las rentas de su esposa. Era la primera vez que Cancienes intervenía en tales asuntos, y bien sabe Dios la timidez con que se decidió á ello, por no hallar otro camino... Recorrió varias calles. De todos los comercios se le figuraba que salían voces de acreedores impacientes, que decían: — «Eh, don Justo, deténgase, y haga el favor de pagar ese piquillo que debe aquí su señora». Y Cancienes aceleraba el paso, y ponía en tensión los músculos de las piernas,

Digitized by Google

como si alguien le amagara por detrás con empujones y puntapiés. Llegó al fin á la casa del mayordomo, el cual le recibió con despego y frialdad. Después de exponerle Cancienes el asunto que allí le llevaba, aquel hombre se quedó un buen rato mirándole con ojos de agente de negocios, de esos que al mirar, parece que le suman á uno hasta los pelos de la barba; sonrió luego y dijo:

—Es verdad que no he entregado á su señora el importe del trimestre pasado... Y debo decirle que tampoco le abonaré el que vence estos días, sin que para ello reciba orden de don Tomás... Ya comprenderá usted.

Fué tal el asombro y la confusión de don Justo, y tan enmarañado lío formaron las ideas en su cabeza, que nada contestó. Despidióse con palabras incohe-

Digitized by Google

rentes, y sin saber lo que le pasaba salió á la calle y anduvo al azar, como un idiota, tratando en vano de desenredar el pegujón de sus ideas, que se apretaba y entretejía más y más, cuando tiraba de un hilo... No entendía nada; todo era inexplicable; todo era extraño... Sin orden de don Tomás, no puede... Luego don Tomás es el dueño...; luego...; pero esto no puede ser. Luego, yo soy un bruto, porque no lo entiendo. A ver: Marcelina es la dueña..., luego con orden de ella, ó mía... Pero entonces ¿qué tiene que ver en esto don Tomás?... No lo entiendo; estoy como un asno... ¡carai!

Llegó Cancienes al portal de su casa. En la tienda estaba doña Rafaela, y apoyado en el mostrador, en la parte de fuera, Reboleño hojeaba un librote que contenía muestras de sedas.

—Esta me parece bien. Con ella me quedo—decía don Ambrosio. Y luego, al ver á don Justo:

—¿Qué le parece á V., amigo?... Es para el forro de un gabán. ¿Le gusta á usted?...

—Bonita, bonita, muy bonita, natu-

Digitized by Google

ralmente...—contestó sin detenerse don Justo entrando en casa.

Reboleño y su esposa continuaron examinando sedas.

—A ti te gusta siempre lo más caro, Ambrosio... Para forro me parece demasiado...—dijo el monstruo de loza, á lo cual contestó *la Flor de Sèvres:*

—Considera, Rafaela, que en esta clase de prendas lo principal es lo accesorio y accesorio lo principal... Quiero decir, para que me entiendas, que han de tener el forro lujoso y rico, porque esta clase de abrigos, más bien se usan para llevar en el brazo, que para librarnos de las inclemencias atmosféricas, por todo lo cual, el ahorro y regateo hemos de buscarlo, no en la seda que luce y se ve, sino en el paño, que en este caso hace papel secundario...

—Bien; basta de música y de hablar con intríngulis. Haz lo que quieras, con mil diablos...—dijo doña Rafaela, que figurándose á su consorte envuelto en seda, se dió por vencida.

Don Ambrosio entonces, para completar el cuadro de su triunfo, echó una

Digitized by Google

ojeada á la calle á ver si alguien le veía, cogió un trapo de limpiar cacharros que sobre el mostrador estaba, se lo colgó del brazo, y dando á su persona toda la solemnidad oportuna, dió dos paseos en el portal, diciendo:

—Esto es; esto es, ¿comprendes?... La seda para afuera...

¿Cómo logró Reboleño arrancar á su señora los veinticinco duros, precio del gabán, con que soñaba *la Flor de Sèvres* desde su juventud? Verás lector. Al oscurecer de una tarde lluviosa hallábase en un rincón de un café don Ambrosio envuelto en tinieblas, sí, pero cómodamente sentado en muelle sofá. Meditaba. En aquella hora del crepúsculo, cruzaron su cerebro mil ideas; ninguna triste; todas halagüeñas... Súbitamente el café inundóse de luz, y en la cabeza de don Ambrosio, brilló una idea grande y luminosa... El camarero había encendido las luces: Reboleño leyó en un periódico que tenía en la mesa lo siguiente: *Elecciones municipales,* y se estremeció de alegría... Allí estaba el gabán de seda. ¿Cómo?... Si Rafaela leía, *verbi gratia,* en

Digitized by Google

la prensa, que don Ambrosio presentaba su candidatura para el cargo de concejal ¿sería capaz de resistir?... ¿negaríase á comprarle la ansiada prenda?... No... ¿No? Pues basta. Cosa hecha. Ser elegido concejal era imposible, pero lo que es ser candidato, ó decirlo, era facilísimo. El quid estaba en retirarse honrosamente, á tiempo... con el gabán puesto.

Aquella misma noche *conferenció* Reboleño con un su amigo, gacetillero del *Faro de Nuvareda,* y al día siguiente en la Audiencia, cabildearon en un pasillo. Se sabe que *la Flor de Sèvres,* ofreció al periodista un cigarro, diciéndole:—«De modo que mañana...»

Sí. Al día siguiente doña Rafaela leyó esta noticia:

«Hemos oído asegurar á personas bien informadas, que en las próximas elecciones municipales, presentará su candidatura el acreditado comerciante dueño de *La Flor de Sèvres,* señor don Ambrosio Reboleño.

Hombres de administración, como el señor Reboleño, son los que hacen falta en el Ayuntamiento.»

Digitized by Google

No había subido al rostro de doña Rafaela, desde hacía veinte años, el más ligero tinte sonrosado... y subió entonces. Hubiera besado á su esposo... pero guardó la emoción, escondióla en lo más intrincado de su carácter espinoso, procurando aparecer brusca y regañona como siempre. Dijo á su marido:

—Pero á ti ¿quién te mete en camisa de once varas? ¡Vaya, ahora!...

—Cosas de mis amigos, hija; se debe uno á ellos...

—Bien; si no te riño... Allá tú. Lo que necesitarás es un traje más decente...

—Las mujeres estáis en todo... Tienes razón. A mí no se me hubiera ocurrido—dijo Reboleño.—Pues mira, hija, para hacer visitas me parece lo mejor,

Digitized by Google

un gabán forrado en seda ¿me comprendes?...

—No habrá otro remedio... Un concejal tiene que andar decente, Ambrosio...

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

Era un domingo de Carnaval. Desde la habitación de Cancienes, oíase el ruido de fuera, y se veía al través de los cristales un cielo muy azul. Marcelina había salido de casa. El niño dormía en la cuna. De vez en cuando don Justo iba á verle; aproximábase á él con paso ledo y sigiloso como el de un gato, hasta convencerse de que el sueño era tran-

Digitized by Google

quilo, y entonces volvía á su cuarto, acosado por mil ideas tristes... Como oleadas venían de la calle hasta morir cerca de él, como en una playa desierta, los chillidos de las máscaras y esos gritos y extraños rumores con que las turbas se embriagan á sí mismas. Los balcones de las casas vecinas estaban llenos de muchachas que hablaban y reían, luciendo los colorines de sus trajes, como pájaros en las ramas de los árboles.

Don Justo, cada vez más caviloso y ensimismado, salió al balcón sin poder remediarlo, atraído por el barullo, y apareció al aire libre igual que un mendigo del alma, que pidiera al gentío revoltoso un poco de alegría por el amor de Dios. Era la calle un río de personas que iban y venían en corrientes opuestas, formando remolinos y lanzando carcajadas y gritos. Cancienes, colocado en el balcón, en la margen de aquel torrente que pasaba cerca de él cantando, era lo mismo que un árbol viejo, reseco y enclenque, plantado á la orilla de un río, pero sin fuerza en las raíces para mamar la frescura del agua. No era para él aquella

Digitized by Google

alegría; veíala cerca de sí deshacerse en burbujas y formar espuma; pero todo aquel vapor de la muchedumbre hirviente, pasaba, pasaba aprisa, sin tener la virtud de ablandarle una pena.

En el balcón del primer piso, estaba *la Flor de Sèvres* con su esposa. Desde lo alto don Justo veía á Reboleño parsimonioso y gentil, que extendía hacia la calle una mano muy pulida: tenía en ella un cigarro de diez céntimos, y en el dedo anular la etiqueta de un habano colocada á modo de sortija. Don Ambrosio saludó á Cancienes, y luego le dijo esto, mirando hacia arriba:

—¿Qué me cuenta V., amigo mío? Ah, pero ahora que recuerdo... Dispénseme que el otro día no me haya detenido á hablarle. Hoy en cambio, que los asuntos de la política me dejan un rato de vagar, cúmpleme decirle que...

Algo así como una ráfaga de ruido infernal que vino de lejos, cortó la frase á Reboleño. Prosiguió luego:

—Cúmpleme decirle, que mis amigos políticos han decidido presentar mi candidatura en las próximas elecciones mu-

Digitized by Google

nicipales... Cosas de ellos... ¿No ha leído usted *El Faro de Nuvareda*?...

Apenas oía Cancienes el discurso de su vecino. Lo que no podía menos de hacer, era seguir con la vista, sin poder evitarlo, los movimientos de la sortija de papel cuando accionaba don Ambrosio.

—Espero salir triunfante, querido don Justo, y entonces tendrá V. en el Ayuntamiento un servidor...

—Mil gracias—murmuró Cancienes. Ya sabe V. que me alegro...

Oyóse sonar más cerca el estrépito de antes, que era un horrible amasijo, una mescolanza y baturrillo de ruidos heterogéneos, á cual más ensordecedor y punzante, como si una inmensa pandilla de diablos y trasgos embocara la calle batiendo sartenes, zurrando calderas, tocando almireces, y dando martillazos en latas de petróleo vacías; y esta jerga estruendosa estaba enmarañada con bramidos de trompa, rasgueos de guitarra, rebuznos de violín, redobles de tambor, graznidos de corneta; y todo esto, humillado y empequeñecido por la vomitona de rugidos de un espantoso

Digitized by Google

serpentón. Figúrate ahora, lector, semejantes instrumentos y cachivaches, manejados por hombres horribles, vestidos con harapos de basurero, adornados con arambeles y calandrajos que despreciaría una trapera, llevando serones y espuertas en vez de sombreros, esteras á modo de capas, resecas corambres ceñidas al cuerpo con cuerdas de esparto, y colchas en las cuales el color pristino yacía enterrado bajo una costra de roña; agrega á esto rostros pintados con almazarrón, hollín ó corcho quemado, y bigotes cerdosos, sobre bocas que soplaban en las trompetas tufaradas de aguardiente ó de vino. Y esta mascarada apestosa, que exhalaba el vaho hediendo de la miseria enviciada, como el regüeldo de una letrina, mezclóse con el gentío de la calle, lo mismo que un reguero puerco, con el arroyo transparente de un prado.

Olvidóse don Justo de Reboleño, y miró con horror y repugnancia las contorsiones de aquel monstruo de cien cuerpos, que atronaba el espacio con aullidos y golpes; parecióle estar sumido

Digitized by Google

en una pesadilla horripilante, de esas que se pegan al cerebro en sueños, haciendo vanos los esfuerzos del espíritu para defenderse de ellas. Todos aquellos espantajos que tenía delante, repugnantes y sucios, como si los hubiesen parido los desvanes y cloacas de la población, no cesaban de bailar, desgañitábanse chillando, y lanzaban á los transeúntes pullas y groserías, como escupitajos. Cuando pasaron por debajo del balcón, oyó don Justo que se burlaban de *la Flor de Sèvres:* don Ambrosio resistió sereno mil carcajadas y dichos. Cancienes volvió á otro lado la vista, y al ir á retirarse del balcón, llegó á sus oídos esta frase como un balazo:

—Justo, estás fresco y gordo... ¡Quién tuviera una mujer como la tuya, y un Cornellana como el de ella!... ¡Cómo el de ella!

Entre la gritería de la comparsa, destacóse esta voz, como el fuego de cañón entre el de los fusiles. Retiróse Cancienes, y cayó en la butaca de gutapercha, humillado y sin fuerzas, como un buey

Digitized by Google

que recibe un golpe en el testuz. Había oído por la vez primera, una voz exterior hablarle de lo que él sospechaba... Por entre la urdimbre del velo que le ocultaba la verdad, había visto Cancienes muchos sombrajos que le amargaban los días; pero nunca había visto claramente el escenario donde se representaba el drama de sus desventuras. Ahora casi lo veía... ¿Sería verdad tanta infamia? ¿La voz de aquel rufián no sería una voz cien veces ensangrentada en las víctimas de la calumnia?... No; había que rendirse; había de acechar siempre, hasta descubrir en sí mismo al hombre más

Digitized by Google

desdichado de la tierra... Permaneció el infeliz más de hora y media, con los codos apoyados en las rodillas y las manos ceñidas á las sienes, como si intentaran aplastar aquella pobre cabeza, tan llena antes de nobles ensueños, y ahora sólo ocupada por una idea maldita que le ardía en el cerebro como una hoguera, reduciendo á pavesas los pensamientos halagüeños de mejores días... Apagóse fuera el ruído de la canalla, y en la habitación se oía el tic tac del reloj, á cuyo compás hacía guiñadas el payaso burlón... Abrió los ojos Cancienes, y alelado y sin fuerzas, tendió á su alrededor una mirada muy triste, que parecía salir de un cementerio, ó de un infierno que él tuviera en el alma; y lo mismo que si aquella excursión al través de su alma devastada y ruinosa, hubiera durado muchos años, vió las cosas que le rodeaban con extrañeza, como si volviera á su casa tras larga ausencia. Después de aquella hora, pasada dentro de sí mismo, solo y perdido en los laberintos del espíritu, volvió don Justo á la realidad y se encontró en su alcoba des-

Digitized by Google

nudo de esperanzas. No lloró. El cuarto estaba como siempre. El canario saltaba en la jaula, y parecía pedir permiso para posarse como otras veces en la mano de su dueño, á comer granos de alpiste.

Lloró el niño en la habitación cercana, y don Justo se puso en pie. No se había acordado hasta entonces de la pobre criatura. La hoguera que él tenía dentro de sí no le había quemado como las demás cosas santas; pero ahora, ante los quejidos infantiles, parecía revivir y tomar incremento; se erguía la llama nuevamente; las lenguas de fuego lamían las ropitas de la cuna diciendo al mismo tiempo á Cancienes: «Hay que quemarlo también... Desde hoy ya no podrás besarle, sin que aquel pensamiento que tú sabes te seque los labios; sólo dejaré humo y cenizas... ¡Cuántos castillos en el aire, cuántos sueños dorados habrás echado á volar alrededor de la cuna de ese ángel! Todo perdido; recógelos, recógelos y guárdalos, para llorar más tarde sobre ellos, como se llora sobre la corona de flores que llevó al campo-

Digitized by Google

santo un niño muerto... Todas las noches te ibas á la cama pensando en él, y tu imaginación hacíale crecer, crecer y corretear por la casa. ¡Cuántas veces le llevaste á la escuela cogido de la mano! ¡Cuántas pelotas de goma y sables de madera le habrás comprado en tus delirios de padre! Muchos, muchos ¡carai!, es verdad, pero desde hoy tendrás una duda gangrenosa que no te dejará tranquilo, y si á fuerza de bondad logras adquirir una idea placentera, créeme, nunca será pura y fresca sino chamuscada por mis llamas...»

Así habló el dolor con Cancienes. Caía la tarde, y en la casa las sombras vencedoras expulsaban los últimos reflejos del sol desfallecido. En la calle extinguíase poco á poco, el rumor de la gente. Don Justo oró al lado de la cuna, y luego guiado por sus recuerdos, recorrió su vida, oscura, humilde, trabajosa, donde había sufrido mucho, por deber, por obligación de hombre bueno, que vierte resignado su llanto en este valle de lágrimas. Acordóse de su madre,

Digitized by Google

muerta hacía bastantes años: estaba en la gloria la viejecita, viéndole tal vez desde allá arriba, y animándole para sufrir. ¡Ah, si ella *lo* supiera! ¡si viera ella, que era «tan madre», la aflicción de su hijo!... ¡Cómo vendría hacia él desolada, á aliviarle el martirio, á pedirle la mitad de las penas, diciéndole con sencillez sublime: es mucho para ti, no puedes con la carga; yo te llevaré lo que pueda, hijo del alma; los dolores son cosas de Dios, y cuando él los da, hay que sufrirlos...

Mecía al niño don Justo; y oyendo el golpeo cariñoso, arrullador, de la cuna, figurósele que también él necesitaba que le meciesen el espíritu, y que la sombra de su madre que le tenía á él por un niño estaba allí cerca, relatándole en voz baja cuentos de dormir para endulzarle el alma angustiada; y bajo el amparo de aquel fantasma de sus delirios, sintió vagamente que su espíritu, el sitio de los dolores, huía, escapaba acobardado hacia el sueño, en medio de un sopor dulce que veía Cancienes igual que un camino... Quedaron

Digitized by Google

dormidos niño y hombre. Poco á poco amortiguóse y cesó el vaivén de la cuna. Posó el silencio sus alas sobre aquellas dos almas...

Digitized by Google

VIII

Como una hiena encerrada en una jaula, quedó en el cerebro de Canciones la idea de su deshonra. Sentía el infeliz deseos vehementes de contar á alguien su desgracia; buscaba anhelante un corazón bueno y leal, para verter en él la sospecha venenosa, y más de una vez envidió á los niños que tienen un regazo donde llorar... El no lo tenía. Estaba condenado á sufrir solo... Las noches tranquilas, reparadoras, después de las cuales despertaba en la misma posición que tomara al acostarse, habían pasado. Ahora el sueño bajaba de mala

Digitized by Google

gana á sus ojos, y cuando bajaba era á la hora del alba después que don Justo había sentido durante toda la noche los zarpazos de la fiera encerrada en la prisión...

No era el mismo Cancienes. Estaba demacrado y sus ojos fríos, como si en ellos se hubiera congelado la alegría, yacían enterrados en las órbitas, muertos de tristeza...

—Debes de estar enfermo... Cada día te encuentro más pálido—le dijo Marcelina más de una vez.

Y contestaba don Justo:

—No es nada, no es nada. Exceso de trabajo, preocupaciones de empleado... No te ocupes en mí.

Y hablaba muy poco. Pasábase casi todo el día en la oficina y en la buhardilla; pero no trabajaba en el palacio árabe... En una de esas horas de solitario, en las cuales el dolor le mordía el corazón, cebándose en él, tuvo Cancienes un momento de ceguera, de rabia asoladora; sintió correr por sus venas un raudal de indignación y de ira. Se puso en pie, empuñó un martillo, y el insen-

Digitized by Google

sato quiso borrar las huellas de sus horas apacibles. Fuése hacia el palacio árabe, símbolo para él de la dicha pasada, y destruyólo á golpes, mientras decía fuera de sí:

—¿Para qué, para qué?... ¡Cosas de antes, de antes!... ¡Todo abajo!...

Luego rendido, sin fuerzas, como si en vez de hacer añicos un edificio de marquetería, hubiera arrasado un monumento ciclópeo, cayó sentado en una arca vieja. La ira escapaba, huía de él.

Digitized by Google

Volvió á ser Cancienes. Y entonces su alma dulce y sufrida, queriendo lavar aquel pecado de la desesperación y de la ira, envió á los ojos de don Justo algunas lágrimas. Secólas con el revés de la mano, diciendo por lo bajo:

—¡Qué disparate! ¡Qué arrebato he tenido!... El deber mío es sufrir... Eso es... naturalmente...

Y no volvió don Justo á ser dominado por la ira. Con Marcelina hablaba lo menos posible, y no tardó ella en notar, que el cariño de su esposo, si no estaba apagado, mostrábase con tibieza y de tarde en tarde. Las distracciones que padecía Cancienes, y la excitación que de él se apoderaba, achacábalos Marcelina á preocupaciones y disgustos de poca monta, y tal vez á la imposibilidad de poder solventar aquellas deudas... ¡Era tan delicado, tan infelizote aquel hombre! ¡Se ahogaba en tan poca agua! Ella consolábale á su modo, hablándole del niño, que era un saco de sabiduría y de malicia, y estaba sano como un coral...

Un día estando comiendo, dijo Marcelina á su marido:

Digitized by Google

—¿Sabes que mañana llega don Tomás? ¿Lo has leído en el periódico?

Y contestó don Justo sin mirarla, como para ocultar lo que decían sus ojos:

—Sí, sí, lo he leído... Es verdad. Me alegro mucho que venga... Hace falta su presencia aquí, para mis cosas.

No hablaron más del asunto, aunque ambos siguieron pensando en él. Para Cancienes la venida de don Tomás aclararía el misterio, despejaría la situación. Tan pronto como llegara á Nuvareda, era necesario espiar, vivir alerta acechando sin descanso hasta ver claramente el manantial de su desdicha. Imposible le parecía á don Justo que aquel hombre poderoso, cortés y fino, aquel hombre ante el cual antes, de puro agradecimiento y veneración, se hubiera arrodillado sin humillarse, fuera capaz de robarle las migajas de felicidad que él había reunido, una á una, para que le endulzaran más tarde el invierno de la vida... ¡Lo que era el mundo! Si detrás de la sospecha amarga encontraba la realidad más acibarada y cruel aún;

Digitized by Google

si después del calvario que estaba pasando, lograba sondar hasta el légamo del fondo aquel pozo de miseria humana ¡qué porvenir tan negro le esperaba! ¡qué vejez sin cariño!... ¿Qué haría de sí, cuando se viera otra vez solo y débil? ¿A quién amaría? Su pobre corazón, ¿tendría fuerzas para vivir, después de perder *aquellos* retoños? ¿Donde recogería savia para nuevas flores?... No volverían los días de la dicha apacible; no volvería él á afrontar el trabajo y los sinsabores de la lucha, con la serenidad del que tiene un albergue en donde encuentra alivio el alma cansada; no volvería á prestarle alientos la idea de amar á su esposa y de besar al niño. Había pasado ya aquello de tener un disgusto, una contrariedad y venir á casa á zambullirse y borrarlo todo, en aquel mar tranquilo y manso de sus amores...

Cosas así pensaba Cancienes, sentado en la poltrona de su alcoba, trono de sus cavilaciones, confidente de sus alegrías y pesadumbres. En ella había tenido ensueños y sufrido enfermedades: aquel trasto viejo, forrado de gutaper-

Digitized by Google

cha grietada y rugosa, como la piel de un anciano, tenía brazos cariñosos, anchos, en los cuales posaba Marcelina los brebajes cuando Cancienes estaba enfermo. Aun conservaban algunas manchas de aquellos días...

—¡Se acabará, se acabará todo!...— dijo don Justo, y halagó nerviosamente con sus manos, nacidas para hacer caricias, el brazo de la butaca.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

Vino don Tomás Cornellana á pasar unos días en Nuvareda. Don Justo parecía menos taciturno. Espoleado por Marcelina, fué á visitar á su *protector,* y durante el tiempo que departió con él, borrósele á Cancienes la idea de que aquel hombre fuese un bribón. Era imposible fingir la bondad y el cariño con que le recibió... ¿Sería todo una pesadi-

Digitized by Google

lla?... Al separarse de él, cuando estuvo en la calle, volvió á ver su desgracia con la transparencia de antes, y decidió callar, hasta que la ocasión viniera á aclararle el misterio.

Un día, después de hacer mil cálculos para ir pagando poco á poco las deudas de su esposa, presentóse en un comercio, y al decir á un dependiente que venía á pagar la cuenta, contestóle éste:

—Ayer mismo la ha abonado su señora, don Justo.

¿De dónde había sacado el dinero Marcelina? ¿Por qué no le había dicho una palabra? Volvió Cancienes á casa, encerróse en su alcoba, y examinó la cajita de madera. Nada faltaba.

Procuró serenarse, y á la hora de comer habló con Marcelina más que otros días. El pobre Cancienes, viendo aquellos ojos negros, misteriosos, donde él había bebido tantas veces el amor del espíritu, sintióse arrobado y enternecido. Fué feliz un instante hablando con su esposa, como antes, cuando nada los separaba. La ilusión duró poco... No tardó

Digitized by Google

el dolor en pedirle cuentas por haberse dejado alucinar, y quedó don Justo nuevamente descorazonado y mustio. Marcelina siguió hablando, cariñosa, benévola, mirándole como á un niño.

—Mira si te cuido—le dijo;—hoy he traído para postres el dulce que te gusta... Ahora sólo falta que sigas tristón...

Y Cancienes, sintiendo la frialdad del disimulo y la falsía, á través de la frase tibia y cariñosa, dijo con calma:

—Esta tristeza, hija, que á veces ves en mí, es el miedo á no sé qué, Marcelina... Cosas de los nervios tal vez ¿sabes? Naturalmente, te agradezco los dulces; pero ya ves, no puedo remediarlo; no sé lo que me pasa... Carai; á veces tiemblo...

—¡Tontería mayor!... Te estás matando en esa oficina... Vienes de allá siempre con cara de aburrido. Estoy segura de que los demás no trabajan lo que tú...

Y siguieron hablando largo rato. Marcelina intentaba vencer la melancolía de su esposo, y éste, en vano trataba de ocultarla como cosa fea.

Terminada la comida, subió Cancie-

Digitized by Google

nes á su taller, y después de estar más de una hora asomado á la alta ventana, viendo aquel mar de tejados, bajó á casa, y se encontró á su mujer vestida para salir, aliñándose al espejo.

—El niño está dormido—le dijo Marcelina.—Yo voy á visitar á una amiga, y volveré después de oscurecido... Si sales, cuida de que la criada quede en casa.

Y sin más salió aprisa... «¿Adónde irá, será la hora?...»—pensó Cancienes, y aguijoneado por la sospecha, se fué á su cuarto, y corrió hacia la puerta poniéndose el gabán. Dispuesto á seguirla, bajó la escalera; mas al llegar al portal, le dijo doña Rafaela, muerta de risa:

—¿Adónde diablos va don Justo en zapatillas? ¡Suba, suba, y cálcese las botas, infeliz!...

—Cierto; ¡qué barbaridad!... gracias, gracias...

Volvió á subir Cancienes; cuando salió á la calle nuevamente, Marcelina había desaparecido. ¿Hacia dónde? Imposible adivinarlo... ¿Habría ido *allá*?... ¡Qué tarde pasó Cancienes, qué ansia

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

tan cruel le desgarró el alma! Más de una hora estuvo sentado en un banco de un jardín público, viendo, como un tonto, á dos mozos de cuerda que cargaban un carro; entró en una iglesia toda silencio, misterio; vagó como una sombra por todos los rincones del templo, sorteando columnas y grupos de mujeres que murmuraban oraciones; arrimóse á un pilar, y allí, como un santo de piedra, permaneció algún tiempo. Decíale el corazón que aquel día era el último de su engaño, y el primero de su desdicha... Salió á la calle, y atraído como por un imán, llegó á la casa de don Tomás Cornellana: estaban cerradas las ventanas y balcones de la fachada, como párpados que ocultaran los destellos de un cerebro infame. Oscurecía. En el portal, temblaba la luz mortecina del cuarto de *Levita* el zapatero. Comenzaban á iluminarse las tiendas. Cancienes, medio aturdido, se metió en un portal, desde donde veía la casa de don Tomás. Cerró la noche. Vió don Justo una sombra que pasaba por delante de la luz de la portería. Era Marcelina, era ella...

Digitized by Google

Adivinóla el corazón de Cancienes, que latía exasperado, estrellándose contra las paredes del pecho. La sombra avanzó calle adelante, y él no se movió del sitio en que estaba. A la luz de un farol conoció á Marcelina; á paso menudo y presuroso iba hacia él, que siguió arrimado á una de las jambas de la puerta, sin fuerzas para salir al encuentro de la malvada... Al verla cerca de sí, estuvo á punto de esconderse dejándola pasar, como se deja paso á un coche que atropella lo que encuentra y lo salpica de lodo... Intentó, sin embargo, detenerla rudamente, buscó fuerzas, buscó ira y rabia en sí mismo: no halló nada; vióse poseído por una serenidad inesperada, una bondad... que no servía para el caso... Al pasar á su lado, Marcelina dió un grito, y saltó hacia atrás. Adelantóse entonces á ella Cancienes, y le dijo en voz baja, mientras la sujetaba por un brazo:

—Por esto estaba yo triste, Marcelina... Temía que mi dicha viniese á morir á tus manos... Ahora que todo terminó entre nosotros ¿estás contenta viéndome desgraciado?... ¿Qué dices?

Digitized by Google

Calló don Justo. Por la calle no pasaba un alma. Marcelina desencajada y lívida, no quiso negar, murmuró excusas, y luego dijo llorando:

—Siempre fuí muy desgraciada... Yo creí que tú al fin...

Y adivinando Cancienes lo que iba á decir, le tronchó la frase con un gesto imperioso, diciendo luego con voz apagada, que tenía algo de soplo huracanado:

—¡Calla, no hables para decir infamias!... No levantes en mí la desesperación que en vano busqué hace un momento... ¡Bueno sí; pero canalla no!... ¿Pudiste tú pensar alguna vez?... ¡Miserables! No me conoces... Soy muy pobre ¡carai! pero lo que no doy por bondad, no lo vendería por todo el oro del mundo...

Y después de una pausa prosiguió don Justo:

—Márchate, adonde yo no te vea. Déjame tranquilo con mi honradez... Eso es... Márchese V. No quiero escándalos... Está resuelto.

Apartóse bruscamente de su mujer;

Digitized by Google

oyóla sollozar en la sombra, y sintió un escalofrío. Ya lejos de ella, paróse un instante; volvió la cabeza al sitio donde había dejado á Marcelina: estaba muy oscuro, no vió ni oyó nada. Después maquinalmente emprendió la marcha, dando con firmeza aquellos pasos que le separaban de ella para siempre...

Digitized by Google

X

Y aquella noche paseó don Justo por las calles, como un sér inconsciente, como un papel arrastrado por el viento, y como él volvió esquinas y deslizóse con rapidez por las aceras. Fijóse en el escaparate de un café muy iluminado, un oasis de luz en la oscuridad de la calle. Al

Digitized by Google

través de los cristales empañados, vió moverse sombras gigantescas que accionaban sin cesar; buscó la puerta, empuñó el pestillo, y como mariposa que después de revolotear, chocando en un farol, halla un resquicio y se cuela dentro, así entró Cancienes en el café, que era amplio, de dorada techumbre sostenida por columnas de hierro. Había en él mucha gente formando grupos alrededor de las mesas. Oíase ruido de cristalería, taponazos de botellas, voces de camareros que decían: ¡voy! y chillidos de pilletes que vendían periódicos.

No estaba don Justo acostumbrado á semejante desconcierto y baraúnda; sin embargo no se dió cuenta de ello; no le chocó. Sentóse al lado de una mesa, miró á su alrededor, y por encima de muchas cabezas envueltas en humo, vió allá lejos la figura ondulante de un violinista, que parecía recibir á besos las notas que exhalaba el instrumento.

—¿Qué va á ser?...—dijo un mozo á Cancienes.

—Indudablemente, eso es; pues lo que

Digitized by Google

tomen los demás—contestó don Justo como un sonámbulo.

—¿Cerveza, café, té, aguardiente?...

—Es natural, claro está...

Alejóse el camarero sonriendo y quedó Cancienes repantigado en el diván... ¿Sufría?... Nada. ¡Cosa más extraña! tenía el alma limpia de dolores, ó estaban adormecidos; ninguno rebullía, ninguno osaba en aquel momento turbarle el espíritu con aleteos ó picotazos.

El camarero colocó en la mesa una botella de aguardiente.

—Ahí tiene...

—Está bien.

Cancienes apuró una copa, y sintió ganas de charlar. Escanció otra en seguida y después de beberla de un trago, habló con un perro que buscaba terrones de azúcar debajo de la mesa. Pasóle la mano por la noble cabeza diciéndole:

—Carai, lo siento, pero no tengo nada que darte...

Sonó en el café una salva de aplausos. Entre la humareda, vió Cancienes al espiritual violinista que se inclinaba para saludar.

Digitized by Google

—Bien, muy bien... Eso es...—dijo palmoteando, y tomó otra copa más, que le cayó entre pecho y espalda como licor del cielo, porque apenas las últimas gotas le resbalaban por el garguero, ya la cabeza de don Justo chiporroteaba alegría, como si un fuelle poderoso le hubiera soplado en los sesos, avivando las ascuas que yacían enterradas bajo una capa de cenizas. Habló en voz baja consigo mismo:

—Ya lo creo que estoy bien... ¡Carai, esto que tocan es lindísimo!... ¿Qué? ¿Que yo soy un desgraciado?... Falso; eso es... Parece que tuve un disgustillo esta tarde; pero ya pasó, y hasta se me figura que fué hace un año... total, nada. ¿Siento algún dolor? ¿Estoy enfermo? No, á Dios gracias. Pues entonces todo pasó, felizmente... ¡Bravo! Ese violín habla, naturalmente... Música dulce, música dulce, á no dudar... Carai, estoy como unas castañuelas, eso es... ¿Me duele algo? ¿Sufro? La verdad ante todo: ni más ni menos.

Las personas próximas á don Justo, al oirle hablar solo, le miraban con ma-

Digitized by Google

licia y sorna. Interrumpió él su monólogo, para coger un papel azul que estaba encima de la mesa, y en el cual leyó: *Teatro Principal. Función para hoy....*

—¿Cuántos años hace que no vas al teatro, Justo?—prosiguió.—A ver, á ver. Pues desde el día de difuntos del 75... ¡Qué barbaridad! ¡cuántos años! Pues iré hoy, eso es; está decidido... ¿Estoy enfermo? ¿sufro? No siento nada... ¡Cosa más saludable que estas copitas! Ha sido una idea feliz, la de ese camarero —dijo sonriendo y acariciando la botella con la mano.—Pues me voy al teatro, porque es... lícito.

Llamó en seguida al mozo y díjole al pagar, mirándole con cara de pascuas:

—El aguardiente, finísimo, carai... ¡Idea feliz!

Levantóse del asiento incontinenti; saludó á diestro y siniestro inclinando la cabeza, y salió de puntillas tomando el camino del teatro. La representación de *Un drama nuevo* había comenzado. Don Justo detúvose un momento detrás de una cortina que había en la puerta

Digitized by Google

de la sala. Declamaban los actores, en medio del silencio más respetuoso. Cancienes apartó la cortina, avanzó algunos pasos, y al verse entre tanta gente bien vestida, y tanta claridad, saludó á todos cortesmente, diciendo en alta voz:

—Muy buenas noches...

Estallaron mil risotadas. El mísero Walton que hablaba en la escena, calló un instante. Cancienes vió alrededor de sí cientos de caras alegres que enseñaban los dientes, y sentóse muy tranquilo y plácido en la primer butaca que halló desocupada, cerca de la cual estaban varios estudiantes que le contestaron riendo:

—Muy buenas... Tome V. asiento.

—Gracias, gracias, señores—dijo Cancienes arrellanándose en la butaca; y luego volviéndose hacia uno de los jóvenes:

Digitized by Google

—Les gusta la comedia ¿eh? Aprovéchense ahora y diviértanse, que están en la edad... Aquí donde me ven también yo eché mis canas al aire. Ríanse, ríanse con los chascarrillos de los cómicos, que buenos deben de ser cuando ustedes los celebran...

Después de un rato de parola en voz baja con los estudiantes zumbones, quedó don Justo como fascinado por todo lo que veía, inclinó la cabeza sobre el pecho y algunas frases de los actores penetraron en su cerebro nebuloso causándole desaliento, angustia, y despertándole ideas dormidas... Siguió atento. El pobre Yorick rugió en la escena:

¿Tú el seductor infame que se atreve
A desgarrar el pecho de un anciano?

Y dió un sollozo Cancienes como si fuera á vomitar el alma. Pasóle por la mente el panorama de su vida, como un raudal de penas, y levantándose del asiento, sin ver ni oir nada que no brotara de sí mismo, salió á un pasillo, miró á las paredes, vagó, dió vueltas en un rincón como hoja seca en un remolino de agua, cruzó grupos de gente que

Digitized by Google

le miraban pasmados, y por fin atinó con la puerta, y se encontró en la calle, solitaria, oscura, lóbrega... Corrió hacia casa, abrióle el sereno, subió la escalera á tientas, buscó con el dedo el ojo de la llave, franqueó la puerta y ¡qué silencio! Entró á oscuras en su cuarto; no encontró cerillas; pasó á la habitación de su esposa, y dijo temblando: ¡Marcelina! Nadie contestó; palpó luego la cama: estaba fría, sin señales de que nadie se hubiera acostado en ella. Tentando aquí y allí, tocó en un vestido de mujer que colgaba de una percha; siguió explorando hasta dar con la cuna, y entonces sus ansiosas manos buscaron al niño... No estaba. Lo que sí palpó fué el hueco caliente, la concavidad donde el ángel había dormido... Perdió las fuerzas Cancienes, y sentado en el suelo, apoyándose en la cuna, pasó la noche descansando en la inconsciencia del letargo, hasta que vino la luz del alba á iluminar la alcoba.

¡Qué despertar tuvo Cancienes! Cayó sobre él la pícara realidad, oprimiéndole el espíritu, con la pesadumbre de la

Digitized by Google

inmensa desgracia. Incorporóse desfallecido, y lo primero que vieron sus ojos fué la cajita de madera donde él guardaba dinero ajeno, abierta y vacía. Marcelina al huir le había robado... Pero ¿y el niño? Salió don Justo al pasillo; iba á salir á la escalera, cuando sintió en ella pasos leves; acechó por la mirilla y vió á Carmencita que bajaba de puntillas. Entonces abrió la puerta, y miró á la joven como quien pide socorro.

—¡Ay Dios mío!—exclamó Carmen —¿pero qué sucede, don Justo?... Yo no sé lo que me pasa... A las doce de la noche, subió su criada á nuestra casa, lloriqueando; y después de mil aspavientos, dijo que entre ustedes debía de pasar algo muy gordo, porque la señorita Marcelina hacía más de cuatro horas que había salido sin decir oste ni moste, hecha una loca, y V. no había puesto los pies en casa desde las cuatro de la tarde; y que el niño lloraba sin cesar mordiéndose los puños de hambre, el angelito. No quise oir más, preparé el biberón, bajé volando, y el niño y la criada pasaron la noche en nuestra casa...

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

—¿Está arriba?—dijo Cancienes anhelante.

—Está... Le cuidé lo mejor que pude, don Justo.

—Eres muy buena, Carmen, Dios te lo pagará, hija... Yo soy muy desgraciado... Vamos á arriba, niña...

Subieron al piso tercero. Abrió Carmen la puerta de su alcoba que estaba á media luz, y dijo á don Justo señalándole al niño y á Rosita que dormían juntos:

—Ahí están, duermen como dos lirones. ¡Lo que es la inocencia!

—Verdad, verdad—murmuró Cancienes.

Digitized by Google

XI

No vió más don Justo á su esposa. Supo que había huido á Madrid, perdiéndose en el mundo, como se pierde en el espacio una racha de viento que desmocha un árbol. Pensaba á veces en ella sin odiarla, sin maldecirla. Como recuerdo indeleble de sus desdichas, habíale quedado en el alma un sitio llagado y dolorido, que él osaba mirar muy pocas veces,

Digitized by Google

porque tenía lástima de sí mismo. La resignación, que es la cuerda con que los espíritus buenos se dejan atar á la espalda el fardo de sus propios dolores, ligó á Cancienes con los suyos, y así siguió andando por el mundo, acostumbrándose poco á poco á llevar la carga... Volvió á vivir en el tercer piso, en compañía de la mosca almibarada y su hija; volvió á la antigua vida de huésped, salvo que ahora, los corazones de doña Sofía, de Carmen, y de don Justo, acorralados por desgracias análogas, se unían y apiñaban cada día más, como se juntan las ovejas en el monte para defenderse del lobo.

¡Qué emoción, qué pena la de don Justo el día que se vió *solo* en el segundo piso, y le dijo doña Sofía:—Véngase con nosotros ¿qué hace ahí consumiéndose el alma?...—No había otro camino: tenía razón la vecina. El mismo Cancienes subió al tercero la jaula del canario colgada de un dedo por la anilla, y mientras Carmencita cerraba la puerta del nido abandonado, subía él la escalera lentamente, hasta entrar en su antigua posada.

Digitized by Google

Volvía á ella herido, víctima del amor; y al entrar en la alcoba que había ocupado en su vida de soltero, que estaba igual que antaño, sentóse en la cama más muerto que vivo, y dirigiéndose á doña Sofía y á su hija, hablóles así:

—¡Quién había de decir, señoras mías, que había yo de volver á este cuarto!...

Calló un momento y continuó:

—Estaba tan á gusto ¡carai! ¡estaba tan contento!... ¡Sea todo por Dios! Era demasiada felicidad la que á mí me rodeaba, y no debo de merecerla yo, cuando me la quitan... Vuelva el río á su antiguo cauce, doña Sofía; mi cauce es este... Eso es... ¡Pícaro mundo!

Hizo una pausa. Durante ella ni Carmen ni doña Sofía hablaron palabra. Suspiró Cancienes en silencio, y luego prosiguió:

—¿Se acuerda V., doña Sofía, del respeto con que yo la trataba? Pues para nada me sirvió... A veces pienso unas cosas... ¿Sabe lo que se me ocurre pensar? pues que debo de ser muy malo, cuando todos los que yo quiero me vuelven la espalda...

Digitized by Google

—Calle, y no siga diciendo disparates —interrumpió la posadera.—En esta casa, que será pobre y miserable, lo que sobra para V. es cariño limpio y sano como un coral... Lo pasado pasado, don Justo; que no hay mal que cien años dure, y á quien el diablo da una coz cúrale después Dios... ¿comprende?

—Sí, señora, naturalmente... Muchas gracias.

Y en esto estaban, cuando en el pasillo sonaron pasos, que eran, según pudo ver Carmencita que salió á mirar, de don Ambrosio Reboleño, el cual enterado de la desgracia que afligía á su vecino, acudió á visitarlo llevando al brazo el flamante gabán forrado en seda.

—¿Se puede?... — dijo con acento dramático.

—Adelante, don Ambrosio.

—Con el permiso de ustedes—manifestó el ilustre Reboleño—vengo á conferenciar á solas con el señor Cancienes, para lo cual espero me señale el momento oportuno.

—Pues mire, me parece que ahora puede verle—contestó la mosca retirán-

Digitized by Google

dose con su hija, mientras don Justo, sin fijarse apenas en la presencia de su amigo, permanecía sentado en la cama. Lo mismo fué quedar solos, don Ambrosio esgrimió el discurso en esta forma:

—Tengo noticias, querido amigo, de la cruel sevicia con que el mundo le ha fustigado en estos últimos días... Se trata de un caso de honor, y por si V. trata de dilucidarlo en el terreno de las armas, atrévome á ofrecerle mis humildes servicios...

Quedó asombrado don Justo ante tal arremetida, y habló así:

—Déjeme en paz don Ambrosio, que bastante tengo yo sobre mí, sin que V. me meta en más berengenales... Eso es... ¡Bueno estoy yo para ir á ningún terreno que no se hunda si yo lo piso! Déjeme soportar mis desgracias del mejor modo posible; déjeme tranquilo pedir á Dios consuelo para mis sufrimientos, y no me hable de armas, que no son para mis manos... Naturalmente, y gracias por la buena intención.

—No insisto. Me retiro después de haber cumplido un deber sagrado.

Y sin más, imprimiendo suave balan-

Digitized by Google

ceo al gabán deslumbrante que llevaba al brazo, salió de la alcoba Reboleño, despidióse de todos y encaminóse á la puerta empujado por las miradas de Carmen, que parecían apuñalarle por la espalda.

Así pasó muchos meses Cancienes, tan pronto sumergiendo el espíritu entre sus pesares, como sacándolo tímidamente á la luz en sus conversaciones con doña Sofía y Carmencita. De Ruiz Salinas ya no se hablaba: era convenio tácito entre ellos el callar, dando por muerto al muy bergante. Desde que se convencieron todos de que don Antonio Cánovas, á pesar de su amistad íntima con don Ambrosio, no se decidía á traer allí al diablo del empleadillo cogido por las orejas, la esperanza huyó á toda vela, quedando sólo en madre é hija un escozor medio escondido, que se traducía en algún suspiro... El único que *creía* en la contestación de Cánovas, era don Ambrosio Reboleño, que conservaba en el bolsillo la carta dirigida por él al célebre estadista, y se había gastado los céntimos del sello en un cigarro de estanco.

Muchas horas en la oficina, un par-

Digitized by Google

de ellas en la buhardilla haciendo mondadientes y grilleras, y un rato de palique después de la cena, tal era la vida de Cancienes. Paseaba poco fuera de casa. El niño se lo cuidaba Carmen: y la misma Rosita convertida en vigilante del pequeñuelo, y tomando muy

seriamente el papel de protectora, solía mecerle la cuna hasta conseguir adormecerle al son de los cantares que ella sabía... Así pasaron once meses, y cuando ya la pena de don Justo iba tomando la pátina de los viejos dolores, recibió una carta de Madrid, que le dejó más frío que la nieve. Un empleado, antiguo compañero suyo, escribíale muy secamente, comunicándole la noticia del fallecimiento de Marcelina... No daba de-

Digitized by Google

talles y entre otras cosas decía: «que más bien había sido digna de compasión que de desprecio, por la soledad y abandono en que había muerto».

Desmarrido y cabizbajo, don Justo no salió de casa en dos días. Se pasó muchas horas oyendo las cosas que le decía su corazón en voz baja. La conducta repugnante y vil de Marcelina, Cornellana y Ruiz Salinas, hizo nacer en su espíritu la indignación que produce lo malo en toda alma buena, y pensando que aquellos miserables llevaban en su perversión el germen de su propio castigo, sintió lástima de ellos, y aun tuvo alientos para perdonarles tanta infamia.

Digitized by Google

XII

Seguía Cancienes subiendo á su taller de la buhardilla; pero no trabajaba. Los martillos, sierras y formones que tanto se habían movido en manos de don Justo, yacían ahora encima de un banco, enterrados en vida, bajo una capa de polvo. El palacio árabe, hecho añicos, estaba en un rincón, como pensamiento juvenil en un cerebro viejo... Can-

Digitized by Google

cienes tenía sus visitas agradables. Algún rayo de sol llamaba á la ventana con sus tentáculos de luz, y luego colábase en la habitación, posándose en el suelo. También Rosita, la niña de Carmen, solía aparecer allí con un zoquete de pan en la mano y la cara llena de migajas, y el pelo suelto por la espalda.

En cuanto Cancienes oía pasos menudos por la escalera, y un canturreo incoherente, sonreía como un bendito:—Ahí está.—Y escondíase detrás de la puerta; llegaba Rosita mirando á todos lados, y al ver que estaba sola, entrábale miedo, y gritaba con fuerza:

—¡Justo, Justo! ¿Por qué no estás aquí?...

Y salía Cancienes del escondrijo, riendo él mismo su travesura, mientras que las manos de la niña procuraban asaltar los bolsillos de su amigo, donde siempre tropezaban con peladillas ó bombones.

Charlaban una tarde ambos, con gran formalidad. Rosita, sujeta entre las rodillas de don Justo, no quitaba ojo al palacio derruído, que ella quisiera ver

Digitized by Google

rehecho y transformado en casa de vecindad de muchos grillos.

—¿Me quieres mucho, corazón?...—le dijo don Justo.

—Si no hubieras roto el palacio, sí.

—¡Ay, alma mía!—exclamó apenado Cancienes,—los hombres somos muy malos... ¿verdad? ¿Ves ese palacio? ¿te acuerdas cómo era? Pues bien, princesa, nada valía comparado con otro que yo tuve... Era alto, muy alto—decía el buen hombre mirando con ojos de visionario algo que nadie veía más que él.—Era grande, mayor que todas las casas juntas, y estaba lleno, lleno de oro y piedras preciosas muy bonitas... ¿sabes? ¿Ves todas las telas y alfombras que hay en los comercios de la Plaza? pues nada valían al lado de lo que yo tenìa allí...

—¿Dónde, Justo?—preguntó Rosita que le oía babándose, y estaba asombrada de que su amigo hubiera poseído semejantes tesoros.

—¿Dónde, dónde? ¡Ah, curiosilla!... Bien; pues suponte todo lo hermoso que puede ser un palacio y te quedas corta... Era una preciosidad, eso es, niñita, una

Digitized by Google

maravilla, ¡carai!... Y en él vivía yo calentito, como el pájaro en el nido... ¿Ves esos señorones que andan por ahí, paseándose en coche? ¿ves tú si el rey vivirá á gusto?... pues mejor vivía yo, perla mía!...

—¿Y después?—dijo la niña impaciente, que ya veía á don Justo haciendo de personaje en un cuento de hadas.

Calló un momento el fantástico narrador. Salió de su pecho un suspiro como bocanada de viento de un caserón ruinoso, y dijo luego levantándose del asiento:

—¿Después... después?... ¡Después me lo rompieron de un golpe, perla mía!...

—¿Y habías hecho tú el palacio grande?...

—Sí..., eso es; yo lo había hecho, casi todo...

—Pues haz otro, Justo.

—Claro, sí, ¡hacer otro!—decía Cancienes paseando.—V., nenita, todo lo encuentra llano. ¡Hacer otro! Claro, ¡á mi edad!...

En diálogos como este, llorando ale-

Digitized by Google

grías muertas, gozando con las monerías de los nenes, y cariñosamente cuidado por Carmen y doña Sofía, fué viviendo don Justo, hasta pasar un año después de la muerte de Marcelina.

Cada vez que salía ó entraba en casa, solía pararse un rato con doña Rafaela Reboleño, que engordaba de día en día, y apenas dejaba sitio á los cacharros, pues ocupaba la mitad del tenducho. Hablaban de mil cosas, y Cancienes reíase como un tonto, oyendo á su vecina que todo lo sabía y escudriñaba desde su observatorio.

—¿Sabe algo de ese gandul de Ruiz Salinas?—le preguntó un día Rafaela.

—Ni esto, señora—respondió don Justo chasqueando la uña del dedo pulgar en los dientes.

—Siempre lo dije yo...: á ese hay que darle por muerto, diga lo que quiera Ambrosio, que todavía espera por él... ¡Música, música llamo yo á eso!... ¡Valiente ladronazo! Estará ya casado, como si lo viera; y la pobre Carmen hecha una mártir en casa. Y ahora menos mal, que tiene á su madre; pero ¿qué va á ser de

Digitized by Google

ella, don Justo, el día que falte doña Sofía, que no está para muchas bromas la infeliz?

—Pues mire V., no me había hecho cargo de eso... Carai, es verdad.

—¡Claro, hombre, claro! Y lo que debía hacer V., por su conveniencia, era,... vamos; ¿se lo digo? Lo he pensado mil veces...

Abrió don Justo unos ojos como puños, y prosiguió la tendera:

—Lo que debía hacer era casarse con Carmen... No haga visajes, ni ponga esa cara tan asustada. Fíjese bien, y verá como tengo razón...

—Hable bajo, caramba—dijo Cancienes que comenzaba á sudar.—Es esa una idea atrevida, doña Rafaela...

—¡Qué atrevida ni qué ocho cuartos!... Les conviene, lo mismo á V. que á ella... Si mañana falta doña Sofía, usted tendrá que irse á otra casa, y entonces ¡adiós mimos y cuidados! ¿adónde va á ir un poltrón como V., que más valga?...

Cancienes hacía como se iba y llegaba hasta la puerta; pero volvía nueva-

Digitized by Google

mente hacia el mostrador, como atraído por un imán.

—Eso hay que tratarlo muy despacio, señora,—dijo.—Ando muy cerca de los cincuenta, eso es... Además; si á ese diablo de Ruiz Salinas se le ocurre venir...

—De eso está bien libre. Y apuradas las cuentas, ¿qué? ¡Pues valiente trapacero y bribón se nos ponía delante! De lo que menos se acuerda Carmen es de ese chisgarabís... Déjelo todo de mi cuenta... Y ella ¿qué más querrá? Son ustedes tal para cual: un roto y una descosida...—dijo el monstruo en tono festivo.

Y terminado el coloquio, Cancienes no pensó en otra cosa en todo el día. Figurábase tener delante de sí á Rafaela, que no cesaba de decirle: ¡cásese, cásese! mientras le cogía por un brazo, y le llevaba á remolque hasta el mismo altar...; y él se dejaba ir relamiéndose de gusto. Cuando entró en casa aquel día, al ver á Carmen, sintióse avergonzado. ¿Sabría algo? ¡Qué barbaridad!

Has de saber, lector, que á los quince

Digitized by Google

días de tener Cancienes y Rafaela el diálogo susodicho, ya estaba concertado el matrimonio. Comprendiendo el monstruo que le era casi imposible subir el

piso tercero, con el fin de hablar á doña Sofía, sin que una poderosa grúa la levantase en vilo, le pasó un recado á la posadera para que bajase á la tienda. Media hora más tarde, la mosca almibarada se arrastraba escalera abajo, hasta llegar al mostrador, que entonces se convirtió

Digitized by Google

en tribuna; porque lo mismo fué ver doña Rafaela á su vecina, levantóse de la silla y tomando por el atajo, le espetó el objeto de la entrevista adelantándose á todo y cortando de antemano los reparos ó advertencias que pudieran ocurrírsele á su amiga, como ella hacía siempre con los regateos y remilgos de los parroquianos. Alabó y puso en las nubes las cualidades y buenas partes de don Justo, utilizando el procedimiento encomiástico que usaba para vender loza. Oía y callaba la pobre mosca, envuelta en los chorros de elocuencia que echaba por la boca la monumental tendera, hasta que al fin no pudo contener la emoción y rompió á llorar... de alegría.

—Llore, llore y desahogue, que hoy vino Dios á verla—decíale doña Rafaela. —Y no me agradezca nada, porque la idea se le ocurrre á cualquiera, y un día ú otro tenía que suceder.

Y mientras departían ambas mujeres, y Carmen trajinaba en casa, don Justo, que había olido de lo que se trataba, escapó para su guarida de la buhardilla,

Digitized by Google

anhelante y lleno de zozobra, como un gato ladrón huye al desván después de engullir una tajada en la cocina. Largo rato estuvo en el estrecho recinto, paseando y dándose trompicones contra los trastos que allí había; á veces aguzaba el oído atendiendo hacia la escalera, á ver si venían á pedirle cuentas de su avilantez y osadía; otras abatido y débil dejábase caer sentado en un arca, y apretábase las manos hasta hacer restallar los dedos. Entraba la luz á torrentes por la ventana, y un rayo de sol en el cual bailaba el polvo, alumbraba los restos del palacio árabe destrozado; al verlo Cancienes enlazó á su modo aquel recuerdo triste de sus días apacibles, con el cuadro risueño que él vislumbraba si Carmen le quería; imaginóse al rayo de sol como nuncio de su dicha nueva, que desde muy alto, llegaba á visitarle posándose, como dedo misterioso, en las ruinas del palacio, las cuales al ser tocadas por la luz del cielo, levantábanse, resucitadas, de entre el polvo y el hollín, recobrando de pronto el esplendor antiguo. Acordóse Cancienes de Rosita que le había

Digitized by Google

dicho contemplando las ruinas polvorientas: —*Haz otro, haz otro.*

Y así subió don Justo á la región de los sueños de color de rosa, y pensó cosas alegres, con los ojos fijos en el azul del firmamento... Asomóse á la alta ventana. Era aquella una hermosa tarde para ser feliz, para olvidarlo todo, para ser indulgente, para ver las miserias humanas, como débiles burbujas henchidas de aire formadas en el continuo oleaje del mundo; y Cancienes entonces, mirando la vida desde sitio muy alto, desde la cúspide de su bondad, y desde la ventana de su buhardilla, comprendió que aun llevaba dentro del pecho un tesoro de amor, humilde, sano, que le convidaba á vivir tranquilo, tal vez á ser feliz como lo es el pez en el agua; y como él podía serlo resignándose y aprendiendo á nadar en las lágrimas de este *valle*... Soñó aquella tarde, como un niño, como un pobre diablo que dispusiera de un corazón inmenso; vióse al lado de la pobre Carmen charlando con ella. El la decía: — «Oye niña; á ti te han maltratado; has sufrido las tuyas ¡carai! y

Digitized by Google

yo las mías... Eso es... Pues bien, prenda, tú que has padecido, ven á mí como yo voy á ti; dame la mano y andaremos juntos el camino...»

Quedóse Cancienes un momento distraído, viendo el humo de las chimeneas que subía á la inmensidad, retorciéndose mansamente hasta perderse y sumirse en el cielo. De pronto sintió un débil puñetazo en la espalda, que le rompió el hilo de sus idealismos. Volvióse, y vió á Rosita, que comenzó á palparle los bolsillos, y le dijo:

—Me mandaron buscarte... Anda, vámonos, yo á merendar, y tú... á casarte.

—¡Jesús María! exclamó don Justo riendo y tapando la boca á la niña, la cual abrazándose á un muslo de su amigo, murmuró:

—Ya sé que es pecado, eso... ¿Crees que no lo sé?... Si se dice riñen todos, y no dan de merendar, aunque se tenga gana... ¿sabes? Pero lo dice Rafaela, una vez, dos, tres, siete...

—¿Lo has oído tú?

—A Rafaela, á mamá, á todos... y

Digitized by Google

por eso no meriendan. No lo digo más, porque esconden la fruta. Tú calla...

—Y tú calla también, perla—dijo Cancienes besando á la chiquilla.—Vamos, vamos, si me llaman...

Después bajaron juntos la escalera.

. . . . . .

. . . . . .

Venció doña Rafaela. Quedó señalada la fecha de la boda; y en estos días de preparativos, nadie sabe lo que gozó la tendera, al ver á don Justo entrar y salir en casa á cada momento, llevando siempre algún bulto en el bolsillo ó en la mano, lo mismo que un pajarón viejo y lleno de ilusiones, que aun tuviese fuerzas para llevar al nido briznas de hierba. Deteníale doña Rafaela, picada de curiosidad:

—Vamos á ver, enséñeme ese envoltorio, que ahí debe de haber matute.

Y don Justo desenvolvía un papelote y sacaca á relucir un perol, una cafetera, ó sabe Dios qué trebejos ó chirimbolos.

Llegó al fin el día señalado y en el pequeño comedor de la mosca, en torno

Digitized by Google

de aquella mesa sobre la cual pendía el quinqué de pantalla azul, sentáronse los convidados, que eran sólo dos amigos de Cancienes, doña Rafaela, y su ilustre esposo Ambrosio Reboleño, excandidato á la concejalía. Cancienes repartió entre los comensales un paquete de mondadientes de boj, hechos por él. Decía lleno de gozo:

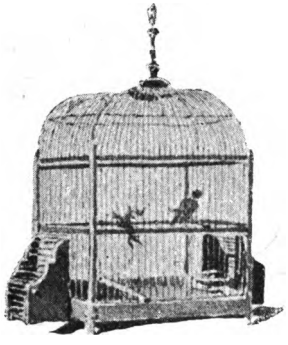
—Son obra mía... Es la mejor madera...

La tarde era de verano; daba el sol en la galería; desgañitábase el canario trinando en la jaula; la brisa zarandeaba á su gusto las cortinillas de las ventanas, y regalaba su hálito fresco á Cancienes, que lo recibía como el beso de un ser invisible escondido en el aire. Al terminar la comida alegremente, y cuando iban á levantarse los invitados, extendió ambas manos hacia ellos Reboleño, que estaba en pie, y comenzó á hablar así:

—Permítanme un momento... Todos recordaréis que decía yo hace años en ocasión solemne: fausto acaecimiento nos congrega aquí; alegre suceso nos

Digitized by Google

reúne en apretado haz; hermosa expansión es la que estamos presenciando... Pues bien, señores, permitidme una digresión... Almorzando yo un día con Antonio Cánovas...



Digitized by Google

Digitized by Google

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA

EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO

DE LUIS TASSO

EL 20 DE ENERO DE 1898

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

This is the date on which this book was charged out.
DUE 2 WEEKS AFTER DATE.
NOV -1 1911

DEC 17 1930

[80m-6,'11]

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003333330